



espol
Escuela Superior
Politécnica del Litoral

Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual





espol
Escuela Superior
Politécnica del Litoral

Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual

VOLUMEN 4. NÚMERO 1



espol Facultad de
Arte, Diseño y
Comunicación Audiovisual

Autoridades

PhD. Cecilia Paredes Verduga

Rectora

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

PhD. Paúl Herrera Samaniego

Vicerrector

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

PhD. Marcelo Báez Meza

Decano FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Mg. Luis Rodríguez Vélez

Sub-Decano FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

PhD. Paola Ulloa

Gestión de Apoyo y Difusión

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Consejo Editorial

MSc. Alla Kondratova

MSc. Ariana García

MSc. Diana Macías

MSc. Daniel Castelo

MSc. Omar Rodríguez

Comité Externo

Arturo Cervantes
Universidad de Buenos Aires

Raúl Serrano
Universidad Andina Simón Bolívar

Cecilia Vera de Gálvez
Universidad Católica Santiago de Guayaquil

Vicente Robalino
Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Galo Torres
Universidad de Cuenca

Claudio Pozzani
Universidad de Génova

Paola Ricaurte
Tecnológico de Monterrey

Staff

Marcelo Báez, PhD.
Director

JD Santibáñez, MSc.
Editor General
Director de Arte

Yennifer Delgado
Asistente de Diseño

Daniel Castelo, MSc.
Jefe de Redacción

Ariana García, MSc.
Jefe de Diagramación

Imágenes

Diego Riera

Judith Baquerizo

Renzo Vinuesa

Portada/Contraportada

Judith Baquerizo

Informática

Diego Carrera, PhD.

Editorial

4

¿Qué sentido tiene hacer literatura en la era de NETFLIX? Es la primera pregunta que me asalta cuando empiezo a bucear en el índice de este nuevo número. El spam audiovisual es cada vez más creciente y nos llega en forma de series y películas de las plataformas de streaming. El spam cultural también se manifiesta en las ficciones literarias, en una era donde todo el mundo se cree escritor publicando en redes sociales. Nunca ha estado más vigente aquello que declaró Umberto Eco en su discurso de investidura del doctorado *honoris causa* en Turín:

[...] las redes sociales le dan el derecho de hablar a legiones de idiotas que primero hablaban sólo en el bar después de un vaso de vino, sin dañar a la comunidad. Ellos rápidamente eran silenciados, pero ahora tienen el mismo derecho a hablar que un premio Nobel. Es la invasión de los imbéciles. Si la televisión había promovido al tonto del pueblo, ante el cual el espectador se sentía superior, el drama de Internet es que ha promovido al tonto del pueblo como el portador de la verdad. (Nicoletti 2015)

Estas palabras de Eco resultan más vigentes que nunca en la era de las plataformas digitales y de los llamados *armchair critics* (críticos de sofá) que no sólo pontifican sobre las series de moda, también están los productores de conocimiento que no siempre encuentran la manera correcta de divulgar hallazgos. Sería lícito hablar también de *armchair writers*, esos que crecen en

racimos y que a través de un puro exhibicionismo cueclgan versos de aficionado.

No es el caso de los autores de esta nueva *Pixelettras*. No hay intención de pontificar o de caer en las poses de social media. Prima, ante todo, la reflexión acompañada de un compromiso intelectual por la realidad imperante. En la época del autismo digital en el que la gente se comunica en forma de hashtags, stickers, memes, aparecen estos escritores que usan las herramientas del pensamiento creativo y escarban en lo más recóndito de problemáticas diversas.

Los autores de este número luchan contra aquello que Andrew Keen llamaba el culto del amateur: “el público y el autor se han convertido en uno solo, transformando la cultura en una cacofonía”. (Keen 2002, 14) Esas cacofonías vienen en forma de *fake news*, falsos debates, hipérboles como “librazo”, “gran artista”, “escritorzazo” o “fabulosa obra”, sin contar las nuevas egologías que lastiman los ojos con un vomitorio de autorretratos. Nuestros autores no gustan de las cacofonías y se van en contra del *selfie literario*.

1. Fue en una conferencia de prensa llevada a cabo en el Gran Palacio de la Real Escuela de Equitación en Turín, lugar en donde le fue otorgado a Eco el *honoris causa* en Comunicación y Cultura de los Medios de Comunicación por el rector de la Universidad de Turín, Gianmaria Ajani. En esta misma institución Eco empezó sus estudios de filosofía en 1954.

En este número destacan los poemas de Gabriela Ruiz Agila, conocida en el medio literario como Madame Ho. Esta cronista y activista es una de las voces más significativas de la literatura ecuatoriana contemporánea. En la sección del cuestionario Proust-Pivot tenemos la contribución de Aminta Buenaño Rugel, de quien publicamos en exclusiva, en el número anterior, la crónica que le dedica a su esposo Roberto Echeverría, fallecido por el contagio de la COVID-19. Un gran hallazgo resulta el cuento inédito de Carlos Rojas González, fallecido un poco antes de la pandemia. El poeta Rojas tiene una obra narrativa poco difundida. Publicar un cuento que pude encontrar entre papeles de la viuda, resulta una primicia que no se puede dejar de presumir. Otro aporte importante es el de nuestro profesor Jorge Polo que nos ha cedido un capítulo inédito de su primera novela.

Entre las traducciones que se proponen en esta ocasión está una carta que Umberto Eco le dedica a su nieto y un par de poemas que Jorge Luis Borges publicó originalmente en Inglés. De más está decir que no será la primera ni la última vez que estos textos borgianos sean trasladados al español. Nuevas traducciones siempre arrojan nuevas luces.

Todas las contribuciones literarias de esta revista tienen una premisa: dejar de ser superficiales como productores de sentido y convertirnos en prosumidores de nuevas experiencias estéticas. Los autores parecen haber leído con atención lo que pregona Nicholas Carr en su clásico libro *The shallows: What is the Internet doing with our Brains*. Han muerto las formas tradicionales de pensamiento: “La mente imaginativa del Renacimiento, la mente racional de la Ilustración, la mente inventora de la Revolución Industrial, incluso la mente subversiva de la modernidad. Pue-

de pronto que sea la muerte del ayer” (Carr 2011, 23) Las formas de leer también han cambiado: se privilegia el *scrolling* por encima del close reading provocando cortocircuitos neuronales que crean la ilusión de estar leyendo o, lo que es peor, de estar absorbiendo información importante. Las importantes contribuciones literarias exigen una lectura con lupa ya que los hallazgos son múltiples y multiplicadores.

Bienvenidas sean las mentes brillantes que forman parte de esta nueva *Pixelettras*. Que esta revista sea un aviso a los navegantes de las esferas virtuales y físicas. Que estos poemas y relatos sean la brújula que se necesita para estos tiempos de la post-pandemia en la que los oficios relacionados al arte y al pensamiento se han revalorado. Nos vemos en la siguiente *Pixelettras*.

Marcelo Báez, PhD
Decano
Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual
Espol

5

Bibliografía

- Keen, Andrew. 2002. *The cult of the amateur*. Nueva York: The Doubleday Publishing Group.
- Carr, Nicholas. 2011. *Superficiales: ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Madrid: Taurus.
- Nicoletti, Gianluca. 2015. «Con i social parola a legioni di imbecilli.» *La Stampa*, 11 de Junio: 35.

Pixeltras, Revista Literaria de FADCOM, es una publicación de arte y literatura semestral de la Facultad de Arte, Diseño y Comunicación Audiovisual y de la Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL), dirigida a profesores, estudiantes, profesionales de la Comunicación, amantes del Arte y la Literatura, en general. Es editada en la ciudad de Guayaquil, Ecuador. Campus Gustavo Galindo. Km 30,5 Vía Perimetral.

Poesía

Autorretrato. Gabriela Ruiz 10
Two English Poems. Jorge Luis Borges 18

Entrevista

Cuestionario Proust-Pivot. Responde Aminta Buenaño 26

Cuento

Más Allá del Dintel. Carlos Rojas González 34

Novela (Fragmento)

Pupilas Oxidadas. Jorge Polo 46

In Memoriam

Homenaje a Pedro Gil. Lola Márquez 58
In memoriam Juan Valdano Morejón 60

Miscelánea

Carta de Umberto Eco a su Nieto. Umberto Eco 64
En esta Casa de Enfermos, de Jorge Velasco Mackenzie.
Viviana Cordero 70
Trabajos y desvelos de Raúl Vallejo. Luz Mary Giraldo 76
Amarilis: Mestiza/Queer. Ángela Arboleda 84

Rookies

Crustáceos. Ana María Crespo 90
Limbo. Valentina Suárez Álava 102
Descensu Averno. Marcel Morillo 108
Asphyxia. Raymond Hooper 112

POE
SIA

Auto**retrato**

GABRIELA RUIZ



ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

Me abrazo a una piedra antigua
orillada frente a un templo
tiro de mi lengua
isla sin marea
mi cara en el agua se refleja
aparecen los rasgos de un indio en un cráneo
facciones duras y curtidas
veo de frente al sol
en un bosque donde duerme
el cuerpo omnipotente de la rabia
nuestros padres
ascienden para luego entrar en la niebla
sueñan boca arriba
caminamos en sus sueños
el residuo de siglos
Escuchas el canto de inicios de los tiempos
los versos de apertura de antiguos viajes
es necesario reposar
en el sitio de negrura profunda
quedarse de cuclillas
y otra vez
abrazar

Soy Gabriela
montaña con velo de páramo
con pies que desnudos se humedecen en la niebla
con piel de astillero y brazos redondos
alguna vez fui sangre en un hombre
hablo desde la dicha como apartada en la tierra
sobre ella caminas
en el curioso habitáculo de una flor caldea
donde se supone gira mi corazón

guardo los vientos
donde se supone concibo
yo me enamoro sucesivamente
y destruyo con ansia de viejo volcán
respondo « grande y pequeña
frágil y sola
con el frío que se adelanta»
—dijo el hombre

Dejà vu

Cuando lean el poema que seca mi boca
la gente dirá que había mucha niebla
se preguntarán:
¿Cómo es la mujer que entró al oleaje
transparente?

Una máscara de masajista
se convierte en canción
no parecerá que me despido
y me dejarán estar sola

La gente miente
Podrán decir que llueve
Y allí alojar traidores tercos
Y nunca hacerme hablar

Ya una vez me engañaron así:
me cubrieron con unos brazos
para preservar mi decencia.
¿Lo pedí? ¿Cuánto tiempo pasó?

Cuento que en la guerra
yo llovía

me pintaba la cara y al mismo tiempo
conservaba para mí
la indolencia de las Marguerites

Cuando imagino el trópico negro
separo a Guayaquil de los crucigramas
caen gotas gordas
y a donde voy
es el mismo azar mintiendo

Soy una necia
una noche me recosté con el cabello mojado
las poetas se ahogan en la luz
el paraíso es una baratija lírica
en los muslos de miles de mujeres

Aquí estoy en todas partes
solo me dejo correr
andar desnuda
es la mejor noche del año
antes de que cambie el tiempo

Parda

Ella conocía las acuarelas
las carbonillas
y la dinamita
pocas de nosotras lo saben
aunque intuyen
paisajes encendidos

El truco que tengo
parece inspirado en una
planta carnívora



solo ser mujer
 Me hubiera gustado cantar o bailar
 pero mi talento es el color
 acertijo de fósforos y crepé
 parda
 no haría nada con las manos
 excepto llegar cansada a la cama
 llegaría
 a la clandestinidad de mis 19 años
 ni hecha ni pensada
 para las cloacas del sueño

Telepatía

Había expresado
 [nota al texto]
 su deseo de ser
 encontrado entre
 el íntimo e implacable
 pensamiento tachado
 no era su primera
 lluvia
 que un chico adivinó
 como pálpito

Oyó
 una voz de navaja
 objeto de tinta
 y se hubiera ido
 con él
 solo por su cabello
 azul
 cuando menos
 tuvo la premonición

y era cierta:
 tú existías
 inmediata
 aguda
 sobre mí
 en alguna de mis
 poesías

Ahora bien
 yo creo
 en la resolución
 insoportable
 por necia
 de que ya
 nos habíamos
 encontrado
 y la intrusa
 y el trivial juicio
 (paréntesis)
 que disfruta
 una mujer
 consistió en
 inventar una
 soledad
 por conservar
 el temblor
 fuera del tirano
 absoluto
 el tiempo

Visitante terrenal

Mi cuerpo
 el arenal luminoso
 en su batalla y cicatriz
 hoy volvió a soñar
 el amanecer trae la misma interrogación:
 ¿Por qué el espejismo?

Mi pecho
 mil veces desposado
 fuerza la música
 en la perezosa turquesa
 se tapa con sus manos
 el anhelo en los ojos

Mi espanto
 colgado entre el índice y el pulgar
 se queda escuchando
 el trueno maquinal del corazón
 como una niña que se oculta
 detrás de la palma de la mano

Mi cuerpo mil veces derrotado
 se arrastra hacia el futuro
 arropado de muselina negra
 porque elevado ha nacido
 como recubierto de jamais beau
 A mi estirpe le exijo
 su liberación de mi propia muerte
 porque para florecer
 se cargan sueños espesos
 o la sospecha del único astro que mira
 y que apacible deslumbra

Escribo con mi cuerpo
 donde se sabe mi sombra
 segunda noche
 manos espesas y ciegas
 componen esta página
 cicatrices con las que elijo moverme

Y si hay un morir
 no te quiero para mí
 felicidad
 mis entrañas
 se mueven hacia el futuro
 y fielmente sirven a mi boca
 hasta hartarme de nombrar

Epistolario agotado

Un ex amante me llama "mala poeta"
 como si eso me empeñara
 en demostrar lo contrario
 y no pudiendo decir mi nombre
 por fin me grita: "infierno"
 la vieja fórmula fuego-cuerpo
 su "muchacha ideal" se apaga oscura
 porque yo trabajo en el color
 en la iluminación de los sexos
 y la nostalgia infinita
 una carta es la eterna historia
 el territorio libre del calor
 y ruego se me desmienta
 esquiva o banalmente
 si un fueguito en medio de un funeral
 ayuda a domesticar escribas
 y a medida que crezco

mi melancolía se vuelve voluptuosa
llevando los pies quemados
de andar en una tierra árida
de dioses salvajes

Inclinación física

Todos los relatos sobre enemigos son ciertos
mañana está llegando pronto
nuestra semilla crece
aquí te extraño desarmado
como flor de papel en las manos de Aketzalli

nunca pude soñarte pero mis manos te tocaron
y te busqué dormida
ríes cuando escuchas que la gente se despide
no crees en odiar
das la vuelta a la página
la biografía de un villano se termina

yo reposo como sabes es mi costumbre
recostada sobre las costillas que oprimen mi
corazón
se libera la paciente huida del tiempo
preparas la levadura del pan que seremos
y te extraño columpiándote en mí
promesas hay muchas
tú eres un ser de atajos hacia la luz

recuerdo mi casa iluminada por los vapores
acontecida por el rumbo de tu bicicleta
ya te fuiste y sigue impregna tu sombra
cerraste la puerta y ella lloró
yo escuché un crujido

algo que se rompió como vidrio
no sé cuándo te volveré a ver
telefoneaste esta mañana
para contarnos que llegaste bien
viajaste de polizone en un camión que
cargaba un químico que tiene
la capacidad de hacerte invisible
por favor, envuélvete bien en mis sábanas
adoro cuando duermes
como un dios agotado al que puedo mecer
te espero

esta noche soy como una ciudad del páramo
insoportablemente
llena del canto de la lluvia





Two English Poems

JORGE LUIS BORGES

TRADUCCIÓN DE MARCELO BÁEZ

Two English Poems tiene una historia particular: según detalla Borges, fueron escritos en 1934 pero apenas un fragmento de ellos aparece en 1935 en *Historia universal de la infamia*. Allí, figuran como epígrafe de la colección de relatos, junto con una dedicatoria, los versos centrales, por su posición y significado, de lo que posteriormente constituiría el segundo poema de estos *Two English Poems*:

I inscribe this book to I. English, innumerable and an Angel. Also: I offer her that kernel of myself that I have saved, somehow --the central heart that deals not in words, traffics not with dreams and is untouched by time, by joy, by adversities.

En 1943, los dos textos aparecen en *Poemas* (1922-1943) en su versión definitiva. Sin embargo, se los titula *Prose Poems for I. J.* No será hasta 1954, en la edición de *Poemas* (1922-1953) realizada por Losada, que ambas piezas portarán el título de *Two English Poems*. En el primero figura una nota al pie de página que declara que fue escrito para Beatriz Bibiloni Webster de Bullrich. Llamativamente, ese mismo año aparece la segunda edición de *Historia universal de la infamia* y el destinatario del epígrafe-dedicatoria, cambia de I. J. (como establece la primera edición) a S. D. La edición de *Poemas* a cargo de Emecé (1923-1958), en cambio, registra la dedicatoria de los dos poemas (no únicamente del primero) para Beatriz Bibiloni Webster de Bullrich. Finalmente, hacia 1964 los *Two English Poems* encontrarán lugar en la colección de poemas *El otro, el mismo*, preparada por Borges. Bajo el mismo criterio de catalogación pasan a la primera edición de las *Obras completas* en 1974, supervisadas por el escritor.

No consignaremos aquí la cantidad de correcciones, supresiones y añadiduras que sufrió el texto en sus distintas publicaciones. Nos atenemos a la última ocasión en que aparecieron validados por su autor.

I

The useless dawn finds me in a deserted street-
corner; I have outlived the night.

Nights are proud waves; darkblue topheavy waves
laden with all the hues of deep spoil, laden with
things unlikely and desirable.

Nights have a habit of mysterious gifts and refusals,
of things half given away, half withheld,
of joys with a dark hemisphere. Nights act
that way, I tell you.

The surge, that night, left me the customary shreds
and odd ends: some hated friends to chat with,
music for dreams, and the smoking of
bitter ashes. The things my hungry heart has no use for.

The big wave brought you.

Words, any words, your laughter; and you so lazily
and incessantly beautiful. We talked and you
have forgotten the words.

The shattering dawn finds me in a deserted street
of my city.

Your profile turned away, the sounds that go to
make your name, the lilt of your laughter:
these are the illustrious toys you have left me.

I turn them over in the dawn, I lose them, I find
them; I tell them to the few stray dogs and
to the few stray stars of the dawn.

Your dark rich life ...

I must get at you, somehow; I put away those
illustrious toys you have left me, I want your
hidden look, your real smile -- that lonely,
mocking smile your cool mirror knows.

I

El inútil amanecer me encuentra en la desértica esquina
de una calle; he superado a la noche.

Las noches son olas orgullosas; olas de color azul oscuro
cargadas de todos los matices del profundo despojo, cargadas de
cosas imposibles y deseables.

Las noches tienen el hábito de misteriosos dones y rechazos,
de cosas mitad regaladas, mitad retenidas,
de goces con un hemisferio oscuro. Las noches proceden
así, te digo.

La oleada, aquella noche, me dejó los acostumbrados jirones
y extraños epílogos: algunos detestables amigos para charlar,
música para los sueños, y el fumar de
cenizas amargas. Cosas que no le sirven a mi corazón anhelante.

El gran oleaje te trajo.

Las palabras, cualquier palabra, tu risa; y tú, tan indolente
e incesantemente hermosa. Conversamos y tú
has olvidado las palabras.

El amanecer turbador me encuentra en una calle desierta
de mi ciudad.

Tu perfil que se aleja, los sonidos que se van
para formar tu nombre, la cadencia de tu risa:
estos son los célebres artilugios que me has legado.

Los revuelvo en la madrugada, los pierdo, los
encuentro; se los cuento a los pocos perros callejeros y
a las pocas estrellas extraviadas de la aurora.

Tu sombría y opulenta vida ...

Debo llegar a ti, de alguna manera; guardo esos
célebres artilugios que me has legado, quiero tu
mirada oculta, tu verdadera sonrisa... esa solitaria
sonrisa socarrona que tu indiferente espejo conoce.

II

What can I hold you with?

I offer you lean streets, desperate sunsets, the
moon of the jagged suburbs.

I offer you the bitterness of a man who has looked
long and long at the lonely moon.

I offer you my ancestors, my dead men, the ghosts
that living men have honoured in bronze:
my father's father killed in the frontier of
Buenos Aires, two bullets through his lungs,
bearded and dead, wrapped by his soldiers in
the hide of a cow; my mother's grandfather
--justtwenty four-- heading a charge of
three hundred men in Peru, now ghosts on
vanished horses.

I offer you whatever insight my books may hold,
whatever manliness or humour my life.

I offer you the loyalty of a man who has never
been loyal.

I offer you that kernel of myself that I have saved,
somehow --the central heart that deals not
in words, traffics not with dreams, and is
untouched by time, by joy, by adversities.

I offer you the memory of a yellow rose seen at
sunset, years before you were born.

I offer you explanations of yourself, theories about
yourself, authentic and surprising news of
yourself.

I can give you my loneliness, my darkness, the
hunger of my heart; I am trying to bribe you
with uncertainty, with danger, with defeat.

II

¿Con qué puedo sostenerte?

Te ofrezco austeras calles, desesperados atardeceres, la
luna de los accidentados suburbios.

Te ofrezco la amargura de un hombre que ha mirado
larga, largamente, la luna solitaria.

Te ofrezco mis antepasados, mis difuntos, los espectros
que los hombres vivos han honrado en bronce:
el padre de mi padre liquidado en la frontera de
Buenos Aires, con dos balas en los pulmones,
barbado y muerto, envuelto por sus soldados en
la piel de una vaca; el abuelo de mi madre
--de apenas veinticuatro años-- liderando una embestida de
trescientos hombres en Perú, ahora fantasmas en
caballos desaparecidos.

Te ofrezco cualquier conocimiento que mis libros puedan contener,
cualquier reciedumbre o humor de mi vida.

Te ofrezco la lealtad de un hombre que nunca ha
sido leal.

Te ofrezco esa sustancia de mí mismo que he salvado
de alguna manera... el corazón primigenio que se explica
no con palabras, que trafica no con sueños, y que ha
sido no tocado por el tiempo, por el gozo, por las adversidades.

Te ofrezco el recuerdo de una rosa amarilla contemplada
al atardecer, años antes que nacieras.

Te ofrezco explicaciones de ti misma, teorías sobre
ti, auténticas y sorprendentes nuevas de
de ti.

Puedo darte mi soledad, mi oscuridad, el
anhelo de mi corazón; estoy tratando de sobornarte
con la incertidumbre, el peligro, el fracaso.

ENTRE
REVISTA



CUESTIONARIO
Proust-Pivot
RESPONDE
Aminta Buenaño

Marcel Proust, el más entrañable y exquisito de los novelistas, llenó un cuestionario cuando era adolescente que pasaría a la historia, con algunas modificaciones, como el “cuestionario de Proust”. El cuestionario fue dado a Proust por su amiga Antoinette Faure, la hija del presidente de Francia, como parte de su “álbum de confesiones”, lo que el sitio Brain Pickings llama “la versión victoriana de los tests de personalidad actuales”.

Las preguntas forman un espectro bastante completo de la personalidad, desde las aspiraciones hasta la sensibilidad y, con el alto linaje de Proust, fueron retomadas por el conductor de televisión Bernard Pivot, quien administró el cuestionario a sus invitados, como una especie de lubricante. Más tarde la revista Vanity Fair lo incorporó con éxito.

Originalmente Proust había respondido a menos preguntas (las cuales fueron redactadas originalmente en inglés), pero ya teniendo más de 20 años respondió a un cuestionario similar con algunas añadidas.

La pregunta 31 y siguientes están basadas en el cuestionario que James Lipton hizo popular en su Inside the Actors Studio, y que originalmente proviene de Bernard Pivot, un periodista francés cuyo programa “Bouillon de Culture” inspiró a Lipton.

01. ¿Principal rasgo de su carácter?

Alegre o triste de acuerdo a las circunstancias, pero siempre resistiendo...

02. ¿Qué cualidad aprecia más en un hombre?

Siempre me han seducido los hombres inteligentes, lectores y especialmente comprensivos. En estos momentos de mi vida aprecio mucho la virtud de la solidaridad y de la empatía.

03. ¿Y en una mujer?

Igual la inteligencia, la complicidad, que sea yunta, parcera, socia de la vida; pero sobre todo que tenga sentido del humor y que tenga la capacidad de aportar y nutrir mi vida de buenos momentos. Pido mucho, lo sé.

04. ¿Qué espera de sus amigos?

Apoyo, aceptación, respeto y especialmente que me sepan escuchar.

05. ¿Su principal defecto?

Suelo creer fácilmente lo que me dicen. Soy demasiado confiada y, a veces, peco de ingenua.

06. ¿Su ocupación favorita?

Leer y escribir; pero me encanta, también, hacer ejercicio y, mientras lo hago, escuchar audiolibros y conferencias con audífonos.

07. ¿Su ideal de felicidad?

Reinventarme y vivir un gran amor a destiempo con toda esta juventud acumulada que tengo.

08. ¿Cuál sería su mayor desgracia?

Enfermarme y quedar inválida. No tener un propósito en la vida. Vivir alejada de mi hijo. Eso sería el infierno en la tierra.

09. ¿Qué le gustaría ser?

Me gustaría ser yo misma. Soy una multitud, en mi interior conviven muchos yoes, a veces antagónicos. Nunca dejo de sorprenderme a mí misma.

10. ¿En qué país desearía vivir?

Me hubiera gustado nacer en uno de los países del primer mundo en donde hubiera más posibilidades para desarrollarse en la educación, el arte y la cultura.

11. ¿Su color favorito?

Naranja brillante, el color de la fuerza y la energía. El precioso color de las deliciosas mandarinas y del manto de los monjes budistas.

12. ¿La flor que más le gusta?

Me encantan el olor del jazmín, penetrante en la mañana y especialmente en la noche.

13. ¿El pájaro que prefiere?

El colibrí, tan diminuto y delicado, con su arcoíris de colores. Me encanta ver cuando flota en el aire. Es una línea que se desgrana, una emoción con alas.

14. ¿Sus autores favoritos en prosa?

Soy adicta a los novelones de los grandes escritores del siglo XIX: Charles Dickens, Mark Twain, Victor Hugo, Balzac, Alejandro Dumas, Dostoievski, Chejov, Edgar Allan Poe, Hans Christian Andersen. También a las escritoras que se atrevieron a escribir cuando escribir no era oficio de mujeres: Virginia Woolf, Jane Austen, Charlotte y Emily Bronte, Emilia Pardo Bazán, Mary Shelley, Aurore Dupin (George Sand), sor Juana Inés de la Cruz, Dolores Veintimilla.

Del siglo XX y XXI: Franz Kafka, Ernest Hemingway, Juan Rulfo, García Márquez, José Donoso, Sándor Márai, Elena Poniatowska, Elena Garro, Marguerite Duras, Elena Morante, Marguerite Yourcenar, Simone de Beauvoir, Italo Calvino, Umberto Eco, Mempo Giardinelli, Edna O'Brien, Paolo Giordano, Carlos Ruiz Zafón, Wendy Guerra, Pedro Juan Gutiérrez, Idelfonso Falcones, Kaled Hosseini, Chimamanda Ngozi Adiche, Rosa Montero, Rosa Regás, Laura Restrepo, Gioconda Belli, Hanya Yanagihara, entre otros.

15. ¿Sus poetas?

Hay tantos: Rubén Darío y Jorge Luis Borges, sobre todos. Ecuatorianos: Ana María Iza, Violeta Luna, Sonia Manzano, Maritza Cino, Jorge Carrera Andrade.

16. ¿Un héroe de ficción?

Sherlock Holmes.



17. ¿Una heroína?

Sherezade porque eligió contar cuentos para salvarse de la muerte, Madame Bovary por su inconformismo ante la vida mediocre y Antígona por su lucha contra el poder. Pero entre todas, prefiero la vida de mi madre digna de ser novelada. La mujer más valiente y luchadora que he conocido: Gloria Rugel Vulgarín.

18. ¿Su compositor favorito?

Ludwig van Beethoven y su concierto para piano n.º 5 en mi bemol mayor, Op. 73, conocido popularmente como «Emperador».

19. ¿Su pintor preferido?

Mi hermano cuando pinta con tinta sangre del corazón y Jerónimo Bosch, apodado el Bosco, y su genial obra “El jardín de las delicias”.

20. ¿Su héroe de la vida real?

El general de las derrotas, Eloy Alfaro Delgado, por su tenacidad en las luchas, por transformar al Ecuador y por su muerte tan trágica y miserable.

21. ¿Su nombre favorito?

De pequeña, un tío muy querido, me llamaba Charito, haciendo alusión a mi segundo nombre Rosario. Por el tono con que lo decía siempre me supo a chocolate y miel.

22. ¿Qué hábito ajeno no soporta?

La pereza, la resignación y el conformismo.

23. ¿Qué es lo que más detesta?

El clasismo, la discriminación, el racismo de los “aristócratas del barrio”.

24. ¿Una figura histórica que le ponga mal cuerpo?

El expresidente Mahuad que empobreció a todos los ecuatorianos con el tristemente célebre “feriado bancario” y que, con esa decisión, expulsó a más de dos millones de ecuatorianos a la diáspora. Los dictadores como Pinochet y otros de su calaña.

25. ¿Un hecho de armas que admire?

La fuerza de las acciones de las sufragistas inglesas por conseguir el derecho al voto.

26. ¿Qué don de la naturaleza desearía poseer?

El don de la ubicuidad.

27. ¿Cómo le gustaría morir?

En los brazos de Morfeo.

28. ¿Cuál es el estado más típico de su ánimo?

Cálida, sensible, humana.

29. ¿Qué defectos le inspiran más indulgencia?

La torpeza, la ingenuidad, la inocencia en la vejez.

30. ¿Tiene un lema?

Nunca dejar que una tragedia se convierta en derrota.

31. ¿Cuál es su palabra favorita?

Amar.

32. ¿Cuál es la palabra que menos le gusta?

Traición, maldad, hipocresía.

33. ¿Qué es lo que más le causa placer?

Leer en mi hamaca de mocora un libro nuevo mientras escucho música y ronronea en mi falda mi gato Thelonius.

34. ¿Qué es lo que más le desagrada?

La gente que maquina maldades.

35. ¿Cuál es el sonido o ruido que más placer le produce?

El de las hojas de un libro al pasar mi mano.

36. ¿Cuál es el sonido o ruido que le aborrece escuchar?

El originado por la violencia humana.

37. ¿Cuál es su mala palabra favorita?

No tengo. No me gusta decir “hijo de puta”, porque siempre alude a una mujer que es una víctima de la sociedad machista y explotada por un miserable proxeneta.

38. Aparte de tu profesión ¿qué otra profesión le hubiese gustado ejercer?

Pintora. Creo que tengo habilidades para ello.

39. ¿Qué profesión nunca ejercería?

Masturbador de ganado (es un oficio y muy rentable).

40. ¿Su droga favorita?

El aromático y delicioso café de Zaruma antes, durante y después del proceso creativo.

41. Si reencarnaras en planta o animal, ¿qué serías?

Sería un animal humano.

42. Si el Cielo existiera y se encontrara con Dios en la puerta, ¿qué le gustaría que Dios le dijera al llegar?

Creo que más bien yo le diría: ¡Dios mío, qué he hecho yo para merecer esto!

CUE
NIO



ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

MÁS ALLÁ DEL DINTEL

Carlos Rojas González

Si se pudiera calcular el tiempo en que se va a consumir un helado de fresa, a lo mejor se podrían obviar ciertas dificultades que se nos presentan en el transcurso de la vida. Digo esto, sin el ánimo de filosofar, porque no es mi costumbre, peor aún mi profesión —mi inclinación siempre estuvo del lado de la literatura—, porque aquella mañana que nos encontramos en la intersección de Primero de Mayo y Boyacá, él, con su acostumbrada sonrisa que le otorga cierto aire de seguridad, me preguntó qué deseaba tomar y yo, sin saber qué contestar, todavía nerviosa por este encuentro imprevisto que se había transformado en una especie de cita, le dije: un helado de fresa, mientras él, con mucho aplomo, ordenó una cerveza.

Yo no sabía cómo iniciar la conversación y solo atinaba a reírme, con cierto aire de simpatía —esto lo supe porque él mismo me lo contó después— en tanto que él se pasaba la mano derecha por el cabello, lentamente, como

si quisiera iniciar la conversación y no supiera si elegir el tema o dejármelo a mí. Yo capté la situación, pero pensé que no tendría dificultad para iniciar una plática debido a su amplia cultura y fue, entonces, cuando me decidí a preguntarle cómo le iba en el trabajo. Me percaté que de repente se nos abrió todo un mundo y de improviso nos encontrábamos conversando sobre asuntos comunes a los dos: los problemas del trabajo por la falta de seriedad con que los alumnos tomaban las cosas. Él me hablaba sin mirarme a los ojos como si no advirtiera mi presencia. Parecía muy concentrado en lo que decía, tal vez demasiado concentrado. De repente, el fuerte pitazo de un carro pesado o el chirriar de las llantas de un colectivo repleto que iba a detenerse lo volvía a la realidad del mundo en que se encontraba y allí estaba yo como el reflejo de ese mundo o como complemento del paisaje.

Habían transcurrido cerca de dos horas de conversación, o mejor dicho de alguien que hablaba y otro que escuchaba, yo. Lo que me contaba me hacía estremecer, saltaba del asiento por la sutileza y la realidad que daba a los acontecimientos que narraba, pero él permanecía inmutable como si ese entorno y él fueran una sola cosa, como si esa realidad suya fuera la única que existiese. Ya casi al mediodía, yo no atinaba o no podía seguir el hilo de la charla. Él hacía pausas prolongadas, encendía un cigarrillo, pedía una cerveza, (No sé cuántas se alcanzó a

tomar. Solo recuerdo vasos grandes que iban y venían cubiertos de papel café que le daban cierto tono de naturalidad) y eso lo incentivaba para proseguir el tema que había elegido: A medida que el tiempo transcurría notaba que sus ojos se iban achicando, su sonrisa entre segura y agradable se iba tornando burlona y su voz cada vez menos clara alargaba las palabras, otorgándoles un tono cada vez más bajo y nasal que me impedía entenderle completamente. Me parecía que cada vez solo hablaba para sí mismo.

De repente su forma de trato hacia mí cambió. Ahora me hablaba de “oye”, lo que si bien me incomodaba un poco, me colocaba más cerca de él. Me sentía partícipe por primera vez en toda la mañana de una charla que consideraba muy importante, su charla. Sin embargo, tuve una intención, un impulso de arrepentimiento. Deseé romper con esa relación que comenzaba a darse entre nosotros y que yo estaba permitiendo. Me levanté de la mesa y él se acomodó sobre el lado derecho, esperando mi partida, conservando todavía esa sonrisa, pero ya no con la seguridad inicial. Yo estaba seria, con los ojos fijos en los suyos, esperando tal vez algo de insistencia, deseando que me dijera que me quedara. Pero él permaneció en la misma posición que había adoptado desde inicio y solo se llevó una vez más la mano a los cabellos y miró hacia la calle que empezaba a desahogarse, pues ya eran cerca de las dos de la tarde.

No sé por qué permanecí allí toda esa tarde cuando él ni siquiera hacía algún gesto por detenerme, pero volví a sentarme y él sonrió, ahora de manera más segura, y me ofreció un sánduche o alguna cosa que deseaba. Yo solo le respondí con un movimiento de cabeza, haciéndole entender que no deseaba. Entonces, él alargó su mano hacia la mía y sentí la suavidad de sus dedos, algo melosos por la humedad de la tarde, las cervezas y los nervios que él también soportaba. Hubiera deseado escurrirle mi mano, pero ya era tarde. Me sentía completamente cubierta por su presencia y solo logré sonreír como indicio de aceptación de lo que él insinuaba. En esos casos, es difícil descifrar lo que el otro dice, y yo me sentía invadida por ese torrente de palabras que me lanzaba que yo remitía a posibles hechos como si estuviera frente a una cámara cinematográfica. No sé si muchas de las cosas que recuerdo fueron dichas por él o las imaginé y las he incorporado a esa cita imprevista.

A eso de las cuatro y media de la tarde, caminábamos por una avenida amplia. Él me había cruzado su mano derecha sobre el hombro y a veces la descendía hasta mi cintura. De pronto, me dijo que había que apresurarse porque me iba a hacer tarde y podría causarme problemas. Detuvo un taxi, le indicó la estación a donde yo iba. Me despidió con un leve guiño y, mientras el taxi arrancaba, fijamos nuestra próxima cita, a viva voz. Cuando volteé lo vi detenido, sonriente,

llevándose una vez más la mano a los cabellos con ese aire de seguridad que me mostraba. Mientras el taxi avanzaba a la estación, tuve la impresión de haber vivido muchos años, quizás los más importantes, en esas horas que estuve junto a él. Y su último gesto, tal vez el único, cuando mostró preocupación por mi tiempo y el posible problema que podría tener, me hizo sentir importante y también algo suya, cosa que necesitaba experimentar.

Pasaron varios días sin que Javier se enterara de mi último viaje a la ciudad mayor. Por el contrario, fui yo, sintiendo quizás cierto remordimiento —pues desde que me casé jamás había estado con alguien en esas circunstancias— quien le contó el encuentro que tuve con él, claro está dentro de las posibilidades que se podía contar. No lo sorprendió ni le atrajo suspicacia alguna. Incluso, me parece que le agradó el hecho de que tuviera amistad con alguien al que respetábamos mucho. El caso suyo era solo respeto porque no tenía mayor relación amistosa.

El miércoles nos encontramos en la facultad y simulamos o, mejor dicho, le restamos importancia al hecho. Sin embargo, buscábamos el momento propicio, adecuado, para poder estar entre nosotros. Al fin, al terminar, no recuerdo si la segunda o tercera hora de clase, aparentando un hallazgo, nos tropezamos y otra vez nuestros

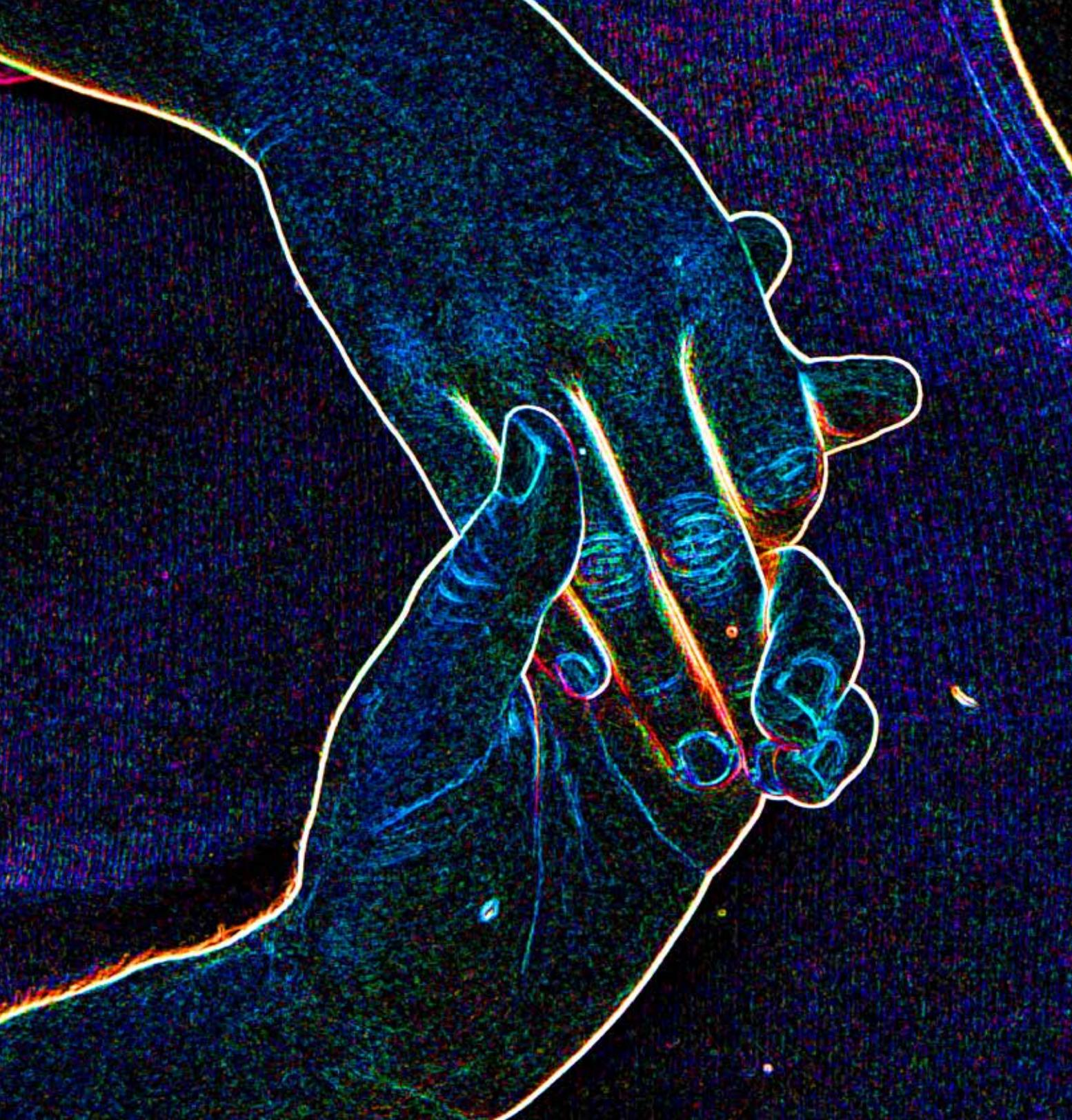


ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

ojos allí clavados, unos contra otros, como en aquella tarde. Pero ahora, frente a los otros, de quienes no éramos extraños, la situación se tornaba diferente. Pero esa posible censura daba mayor calidad a la intriga que empezábamos a tejer.

La conversación fue casi monosilábica. Hablábamos sobre cosas que no nos interesaban por el momento: las clases, la materia, los alumnos, hasta que yo sugerí, quizás sin darme cuenta, algo sobre el encuentro en la ciudad mayor y entonces el volvió a sonreír como ese día y a tomar esa seguridad a la que me había acostumbrado. Me invitó a beber una Coca Cola. Yo preferí un sitio fuera de la facultad, y mientras tomaba la gaseosa con bastante dificultad por la sequedad que sentía en la garganta, escuchaba el tono bajo de su voz, sus palabras que me parecían un arrullo. Aun cuando no me decía ninguna expresión afectuosa, yo estaba extasiada, mirándolo e imaginándome lo que había acontecido y podría acontecer. Las palabras casi no me salían. La gaseosa se tornaba cada vez más sólida, pero eso ya no era importante. La reunión fue corta. Él decidió el lugar, la fecha y la hora de nuestra próxima cita, sin tomar en cuenta mi aceptación ni la disponibilidad de mi tiempo. Pero yo ya no tenía control de mí y solo alcanzaba a asentir lo que él decidía. Yo había pasado a depender de él y todas sus decisiones serían respetadas por mí, al pie de la letra.

Todo parecía desarrollarse de manera normal. La naturalidad que yo había adoptado en mi vida con Javier, a partir de las relaciones que había iniciado con él, daban la apariencia de una pareja feliz, o lo que se llama una pareja feliz. Podría decirse que, desde el acontecimiento, nos habíamos transformado. Habíamos reiniciado nuestro matrimonio, luego de los problemas causados por la operación a la que fue sometido. El día de mis citas que más tarde quedó fijado por él, los miércoles, pasado el mediodía, nos levantábamos con la idea y la responsabilidad de que yo tenía una reunión de trabajo que se extendería hasta entrada la noche y que era menester dejar organizadas todas las cosas de la casa, todo ese trabajo doméstico que tanto molesta. Javier parecía esmerarse en la ayuda. Todo debería quedar perfecto hasta la noche en que nos volveríamos a ver.

Al subir las escaleras de aquella casa de madera, experimentaba una sensación de placer y, al mismo tiempo, angustia. La sangre parecía haberse desplazado a mis piernas; los tobillos me pesaban toneladas, pero yo ascendía como quien va a recibir un premio o a recuperar algo.

Adentro estaba él, generalmente en ropa interior. Aun cuando sabía que era yo, ya que nadie más vendría a esa hora y a esa casa, ni siquiera se molestaba en levantarse a abrir. Yo introducía la llave vieja, antigua, de una chapa

que, como él acostumbraba a decir, ya no está en circulación. Y allí estaba él sobre la cama, generalmente hojeando un libro y bebiendo una cerveza. De pie frente a él, me inclinaba para saludarlo con un beso que respondía levemente. La sesión amorosa necesitaba de mi iniciativa. Yo insinuaba y él se dejaba insinuar, pero, mientras transcurría la pasión, él era quien tomaba la iniciativa. Solicitaba (para no decir ordenaba) algo y yo lo cumplía sin comentario alguno, al pie de la letra, como desde la primera vez en la calle Primero de Mayo.

40 Algunas veces no estaba de acuerdo por la inexperiencia, porque jamás habíamos hecho eso con Javier, en especial después de su operación al cerebro, pero lo aceptaba. Sentía una necesidad de complacerlo y, al mismo tiempo, de ir descubriendo cosas que me introducían a un mundo desconocido. “Un desierto y silencioso mar, no descubierto todavía,” decía, parafraseando un poema cuando me pedía algo nuevo y, seguramente, debí haber puesto una cara de asombro antes de aceptarlo. El encuentro terminaba cuando caía la tarde. Yo me encaminaba a tomar el transporte que me llevaría a casa, sin su compañía; él se quedaba en el interior de la habitación de la casa antigua. Yo me encontraba extenuada, pero satisfecha, completamente satisfecha.

Transcurridos los primeros meses de mi relación, comencé a observar en Javier un

inusitado interés por mí. Se esmeraba en la ayuda del trabajo doméstico. Podría decirse que hasta se lo había tomado como parte de su oficio, especialmente los miércoles, días de mis citas. Mis relaciones con él se habían fortalecido a mi modo de ver, pero me parecía que para él no tenían la misma importancia. Solo era un espacio de placer, una vez por semana, done aprovechaba para experimentar lo que no podía en su casa. Me hablaba de su esposa, de sus hijos, los problemas familiares que atravesaba, de sus libros —mi interés por él comenzó siendo intelectual—. Yo, a veces, le comentaba algo de Javier, especialmente cuando me lo preguntaba. Le conté de su operación al cerebro, producto del accidente, de la dificultad o, mejor dicho, la incapacidad de hacerme el amor luego de esa operación.

En ocasiones, dividíamos el tiempo que pasábamos juntos, entre hacer el amor y narrar las historias que cada uno tenía separadamente. Ciertas veces, él asumía el dolor de ambas historias como si fuera un personaje múltiple. Se ponía triste, tenso, golpeaba las paredes de madera de la habitación de manera tan fuerte, que yo pensaba que iba a derrumbarlas. Finalmente, su depresión se aplacaba con un acto de amor violento. Entre sus sollozos, sus requerimientos por algo diferente, date la vuelta cariño, me decía, y en una cópula, mezcla de dolor y placer, terminábamos otra de las citas, empapados de sudor y lágrimas, pero satisfechos de haber

logrado lo que no teníamos, lo que sabíamos que terminaba fuera de allí.

Nunca olvido ese miércoles al regresar, cuando encontré a Javier junto al televisor, completamente nervioso. Ni siquiera me preguntó si deseaba comer algo como se había hecho costumbre desde la relación. Me senté a su lado, le sobé la cabeza, luego las manos, y advertí una aspereza, algo extraño en su piel. Recordó el accidente, repasó minuciosamente lo ocurrido antes de la operación y luego, cuando supo que jamás volvería a estar conmigo. Lloraba fuerte y yo trataba de consolarlo, diciéndole lo que se me venía en mente. Entonces, me miró de soslayo, agachando la cabeza, y me dijo que conocía mis relaciones con él. Las describió con cierta exactitud. Conocía días, lugares, horas de las citas; las conocía desde el inicio. Yo estaba muda por el asombro y la angustia. No sabía si pedirle perdón o salir corriendo, pero él me dijo que lo comprendía, que yo era joven y tenía derecho a vivir. Por un momento, me miró de frente y luego volteó. Me dijo que quería pedirme un favor especial, pero no sabía cómo decírmelo. Yo le toqué el hombro y le dije que estaba dispuesta a hacer lo que me pidiera. Lo que dijo no me extrañó en ese momento. Fue en la cama, antes de dormir, cuando tuve tiempo de pensar en ello. Me pareció mentira, algo fuera de lo común, pero yo estaba acostumbrada a esos requerimientos fuera de lo común. Y, viniendo de Javier, como

lo que pedía era tan solo que lo dejara ver, me pareció algo natural.

41 **T**odo estaba dispuesto para el acontecimiento. Javier había conseguido el pequeño departamento de un amigo que se encontraba fuera del país. En la habitación contigua a la nuestra, había hecho los orificios que consideraba necesarios. Cuando me llevó a conocerlo, luego de mostrarme la habitación en que iba a estar con él, quiso que pasara a la habitación contigua para enseñarme lo que había realizado: junto a la pared había cuatro pequeños orificios, donde había colocado vidrios de aumento, de manera que si de la otra habitación no se divisaban, en cambio, de ésta se magnificaban por los pequeños vidrios de aumento. En la parte inferior, un sillón giratorio le permitiría desplazarse de un orificio a otro con suma rapidez, pues no quería perderse el menor detalle del espectáculo, me manifestó con cierto gesto eufórico.

El miércoles, como habíamos convenido, lo cité en la dirección exacta, diciéndole que, subiendo las escaleras, en el segundo piso a mano derecha, la tercera puerta; para más señas, de color caoba. A él le pareció algo extraño cambiar de lugar. Me dijo que ya estaba acostumbrado a la antigua casa, y además, la distancia; era como

viajar a otro país, dijo. Pero yo argumenté que él decía que había que renovarse, hacer cosas nuevas, buscar nuevos lugares. Finalmente, inclinando la cabeza, aceptó, no de buen grado.

Estábamos el uno frente al otro, mirándonos fijamente. Yo sentía mis ojos líquidos y, una vez más, ese hormigueo me atravesaba el cuerpo. Le acariciaba el cabello y él restregaba sus labios en mis senos. De pronto sentí la boca seca, pastosa, pensé que era una nueva sensación producto de una nueva experiencia: el estar dando placer a mis dos hombres. Traté de mojar me los labios con la lengua y él me dijo que tenía sed, que deseaba beber algo. Le contesté que solo teníamos agua y él me contestó que necesitaba una cerveza, por lo menos. Traté de tranquilizarlo, explicándole que era la primera vez en esa habitación y no habíamos acondicionado nada todavía, pero él se exasperó. Me repitió que siempre bebía cerveza para estar conmigo; que si no, era imposible. Intentó vestirse para salir a comprar, y yo se lo impedí. Sabía que al otro lado estaría Javier instalado, cómodo, y que una interrupción le sería fatal. Él se disgustó. Comenzó a gritar, a decirme cosas que jamás me había dicho, y salió violentamente de la habitación.

He intentado tranquilizar a Javier, que se encuentra muy deprimido después de aquello. Continuamente, me insiste en la cita. Dice que ha hecho mejoras en la habitación contigua, que está insonorizada, que ahora tiene lentes de aumento

especiales; y yo le hago promesas: le digo que he hablado con él, que hemos quedado en fijar una fecha. Pero insiste, da plazos, me suplica que comprenda. Hoy es miércoles —estoy casi al terminar este helado de fresa—, y como me queda un espacio desde que no tengo citas con él, iré a la habitación a preparar clases o a leer algo. Seguramente Javier estará instalado al otro lado de la pared con todas las innovaciones que ha hecho, rogando que él llegue, que yo haya logrado concertar la cita, que pueda escuchar sus pisadas suaves atravesando el corredor, su presencia más allá del dintel.

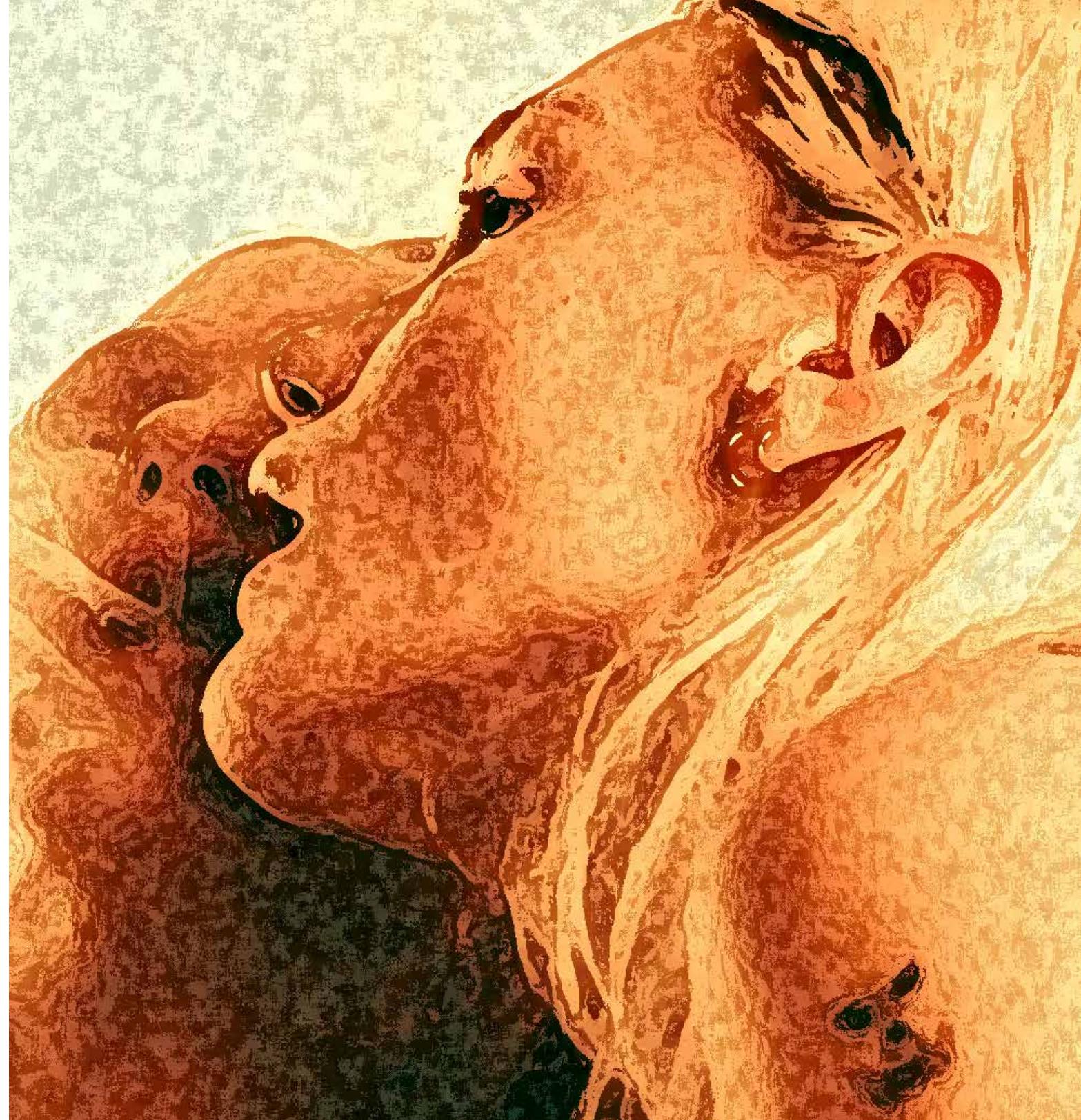


ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

NOV
ELA

F R A G M E N T O

en el vómito de los perros salvajes. Minuto a minuto saboreaba mi cansancio sideral, con fruición, como si una dosis de quinina burbujeara en mi lengua inflamada y sucia. Mi cuerpo se relajaba durante unos segundos y, de repente, sufría un latigazo monstruoso, una convulsión muscular que lanzaba un serio aviso. La quietud y el sosiego eran tan inaccesibles como la alcoba mugrienta de una princesa trastornada.

En los cuentos infantiles deberían aparecer figuras humanas deformadas por la idiotez y la furia, para que los niños pudieran observar desde muy temprano la infamia inextirpable de un género humano demasiado entregado a ínfulas horripilantes, de esas que aparecen de cuando en cuando en las esquinas de los puentes, allá en los suburbios humeantes, donde las horas transcurren a una velocidad inaudible y demasiado luctuosa. Viscoso se encontraba mi organismo, blando como una verdura podrida. Una fiebre palúdica hervía en las fronteras vivas de todos mis tejidos. Solo mi sexo adquiriría lenguaje propio, transformándose en una máquina dopada y semiautomática, engrasada con deseos criminales. Sudores sucios. No hay vademécum capaz de esclarecer lo sucedido. Mi cuerpo dibujó un decúbito supino destartalado y ridículo, defenestrado entre las sábanas arrugadas. Quería dormir y no podía. Pensaba demasiadas cosas a una velocidad poco recomendable. Y en todo ello, a pesar de las cuitas y los temblores, no había ninguna lección que aprender.

Un motivo bíblico se endurece bajo mi párpado.

Es la imagen perdida de una seducción, una límpida habitación azulada y repleta de orgánicas caricias que me impulsa a no se sabe qué itinerario despellejado. En esos momentos mi forma de expresión tiende más a lo fonético que a lo conceptual, como diría un académico pedante. Son esteticismos manoseados y pletóricos que usamos para describirnos a nosotros mismos, como un sepulturero que maneja diferentes palas en función del tipo de tierra que toca cavar. Debemos constatar que no somos tan importantes, que nuestros anhelos no valen un carajo. Y por ello me reía incontinentemente, con un sarcasmo poderosamente ácido, de todo ese vodevil pornográfico con el que intentan distraernos.

Es verdad que me reía en silencio, con las mandíbulas quietas. Son hilarantes diabluras del lenguaje que se convierten en piedra, en azufre picante o en deletéreos besos huidizos que una vez tuve y ahora solo algún Dios puede hallar. Latitudes aciagas e inasequibles. Aquí sigo, cual granjero lunar, cosechando fracasos de cráter en cráter, recolectando suspiros homicidas y zafiros explosivos, espantapájaros raquíuticos de ojos aceitunados catalogando el mundo con desviadas categorías. Seremos recibidos en un santuario de monjes desarrapados y tuberculosos, más allá de los muros de la ciudad. Allí vegetaremos sin grandes alharacas, pero con la sabia certeza de sentirnos aherrojados en un estertor inigualable. Fusilados al amanecer. No hay otro modo de hacerlo. Una formidable adrenalina se me escapa entre las uñas, de eso me

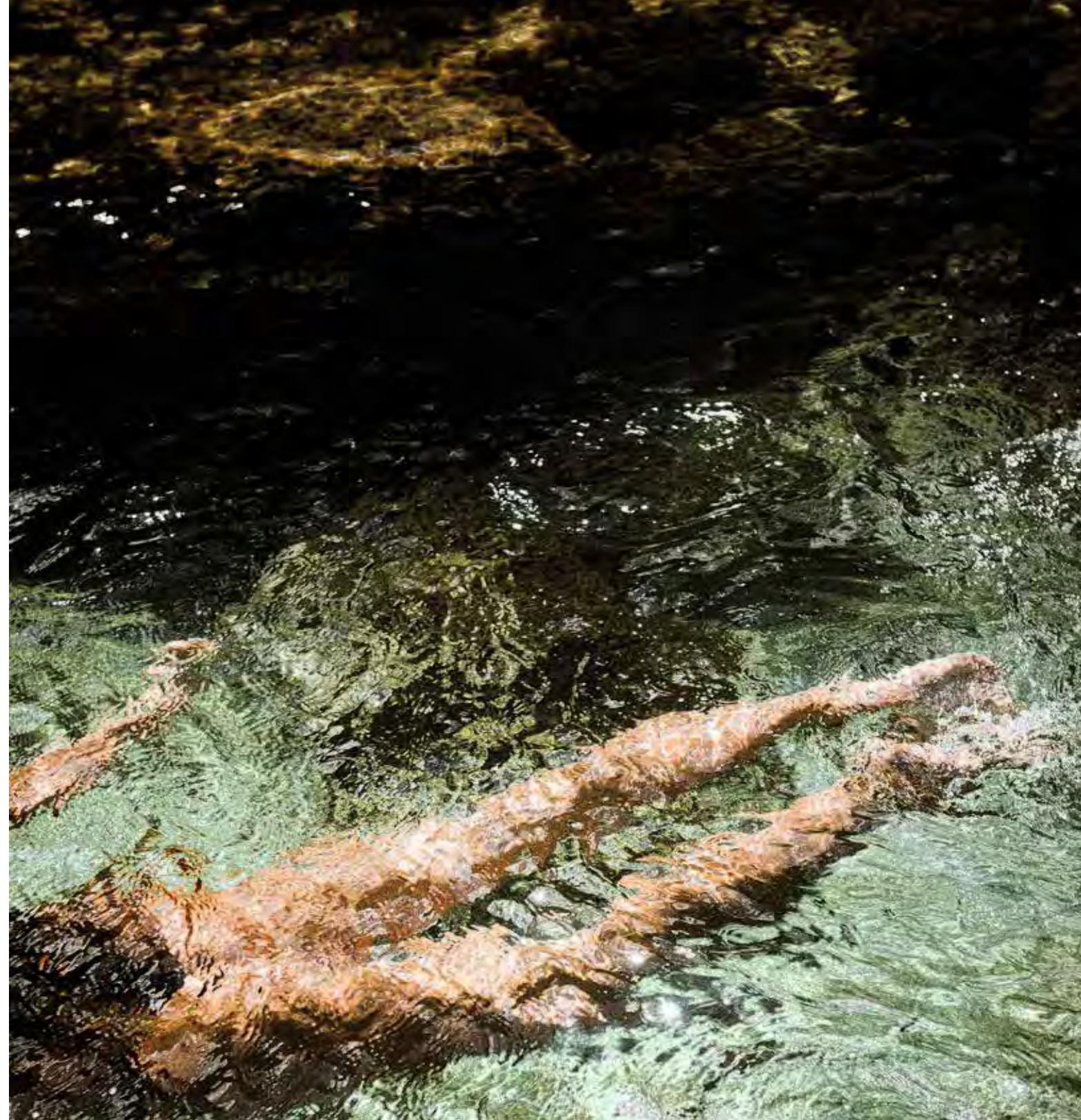


ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

di cuenta hace ya algún tiempo, y mis músculos pegajosos están hechos de una cosa parecida a la saliva de lagarto.

Titilantes y absurdos son mis pasos, en este pasillo mortecino. Una meretriz bellísima y maldita quiso darme un trago de poción mágica, pero pude ver demasiados peligros colgando de su párpado izquierdo. Algo había allí que debía ser postergado. Ya llegaría el momento de beberlo todo. Todo lo que late en mi corazón perruno fue conseguido de estraperlo. Los desvalijé a todos. Lo mío es pura ortopedia desgastada, salvajadas inconfesables perpetradas en la hondura gélida de un bosque austral. No hay en mí pretensiones de altos vuelos, claro que no, nunca las hubo; solo el nerviosismo animal que tiene que brotar por las venas y manar por las pupilas. Confecciono mapas con los mismos dedos artríticos que marcan en el aire la silueta de una palabra prohibida. Veo tras el cristal un cielo encapotado y borrascoso. No hay forma de escapar. Demasiados revoltijos endemoniados se han enredado y alojado en mi tórax, royéndome por dentro. Es verdaderamente insoportable. Tensiono la paranoia hasta hacer de ella una caricatura, y mastico grumos de cólera. No quiero alardear maldades ni enseñorear bondades; tampoco pretendo ofrecer discursos a una piara de cerdos sordos; jamás pretenderé hacer tal cosa. Intento comunicarme con los dientes, sin morder demasiado y librándome de las falsas ternuras. Solo me sirven las ternuras aderezadas con saliva ardiente, trazando en la pared

un teorema de jadeos y toxinas. Pretendo seguir disparando acristaladas palabras con sabor a fruta venenosa y a licor de ortiga, sin fermentada bohemia decadente. Lanzaré mi carnívora verborrea a los cuatro vientos, a los cinco huracanes, a los catorce ciclones, cual metralla lujuriosa y tierna, para quien quiera bebérsela. Oigo la ventisca de nieve, ahí fuera, en esta gran ciudad sin mar.

Habían transcurrido las densas horas de la noche con parsimonia irritante, pero ya llegaba el alba invernal, con su ceremonia de cuchillos blancos atravesando los muros y las pieles. Me dolía todo el cuerpo. Había dormido una o dos horas, en medio de unas sábanas agónicamente destartadas. No sabía cómo podría aniquilarla. Hablo de la melancolía, dulce y soterrada. No suele ser agresiva, pero algunas mañanas aparece agarrada en el pecho, a la altura del esófago, atrincherada en el esternón, enroscada en el timbre de mis cuerdas vocales. Un tibio sol apenas esbozado se cimbreaba anodinamente en las paredes de mi cuarto, pero era un sol absolutamente impotente y tibio. Se podía palpar el frío descomunal de ese astro glacial, su sequedad homogénea y monolítica. Arcadas espirituales rozaban la comisura de mis pómulos hundidos. No miraba por la ventana; no había mucho que ver desde aquella irrisoria atalaya. Edificios monomaniacos, habitáculos donde la clase trabajadora duerme sus huera fatigas, enjambres de hormigón en los que miles de pobres diablos enhebran fantasmagóricos proyectos de futuro. Oía amortiguadamente el televisor del vecino,

pero afortunadamente no podía distinguir palabra alguna. Era un murmullo indecoroso, arrollador y ciertamente estúpido.

La melancolía, claro, esa cosa tan singular, que aparece desparramada en la encimera de la cocina o en un cajón de la sala. Los poetas de antaño escribían cosas ridículas sobre ella, pero ahora venden fármacos para combatirla, con la química, con el método científico y todas esas cosas. El polvo blanco sobre el espejo es un augurio de dulces batallas perdidas. Y alimentaremos nuestras ansias autodestructivas, cuando tengamos que bailar algún compás decadente, besándonos con las sabandijas que serpentean en los tugurios de patética ciudad repleta de bagatelas y artificio. Amo sus calles, de eso no cabe la menor duda. Sí, esta ciudad me agasaja incluso cuando me escupe malas sombras al amanecer, incluso cuando sus neblinas étlicas se tornan hoscas y despiadadas. Sé que soy repudiable en muchos aspectos. Me paso la vida engatusando a los demás, sin apenas reparar en el azorado devenir de mi cronología vital. Un trayecto que, a buen seguro, no culminará en lugar sensato. Pero también sé, y esto resulta decisivo, que habitaré aquí por largo tiempo; tal vez para siempre. Esta atmósfera bochornosa, que apesta a malaria, me cautivó definitivamente.

Puse el televisor y nos anunciaban, una vez más, que la crisis económica azotaría sin piedad el rostro entumecido de las masas. Un movimiento tectónico se desplegaba bajo nuestros pies, y no nos dábamos cuenta, tan imbéciles somos. Pero los culpables,

dicen en el informativo, se reúnen en majestuosas asambleas internacionales para tomar medidas de urgencia. Los tecnócratas son muy profesionales. Solo ellos manejan el umbral de lo imaginable y trazan, por lo tanto, las fronteras mismas de lo concebible. Dan ganas de vomitar. De hecho, es posible que lo haga. Los perros con corbata supuran basura dialéctica y sus discursos de poder penetran las neuronas de nuestra corteza cerebral. Banqueros belicistas y engolados vasallos de la muerte programada, inversores sin escrúpulos que bien podrían sacrificar el futuro de las naciones a un conglomerado empresarial dedicado a la compraventa de órganos. Un tipo de pelo gris y ojos hundidos, al parecer un insigne economista de no sé qué banco mundial, inyectó un potente aldabonazo en mi lóbulo frontal con su discurso dogmático de metralla estadística. Casi me tira al suelo. Yo contemplaba la pantalla con aprensión creciente; podía sentir el advenimiento de una lobotomía mundializada. Se abrirán las tripas en canal y ellos seguirán balando, proseguirán con su prédica efectista y calamitosa hasta el fin de los tiempos, porque nada podrá persuadirlos de su error. En medio de las ruinas humeantes de un paisaje social devastado, anegados en un planeta abrasado y putrefacto, una vez alcancemos ese previsible escenario, todavía quedará con vida un economista ortodoxo que pronunciará con voz de barítono la irreprochable racionalidad de la doctrina. En medio de una megalópolis destruida y contaminada, cuando los quejidos de los supervivientes sean aplastados por

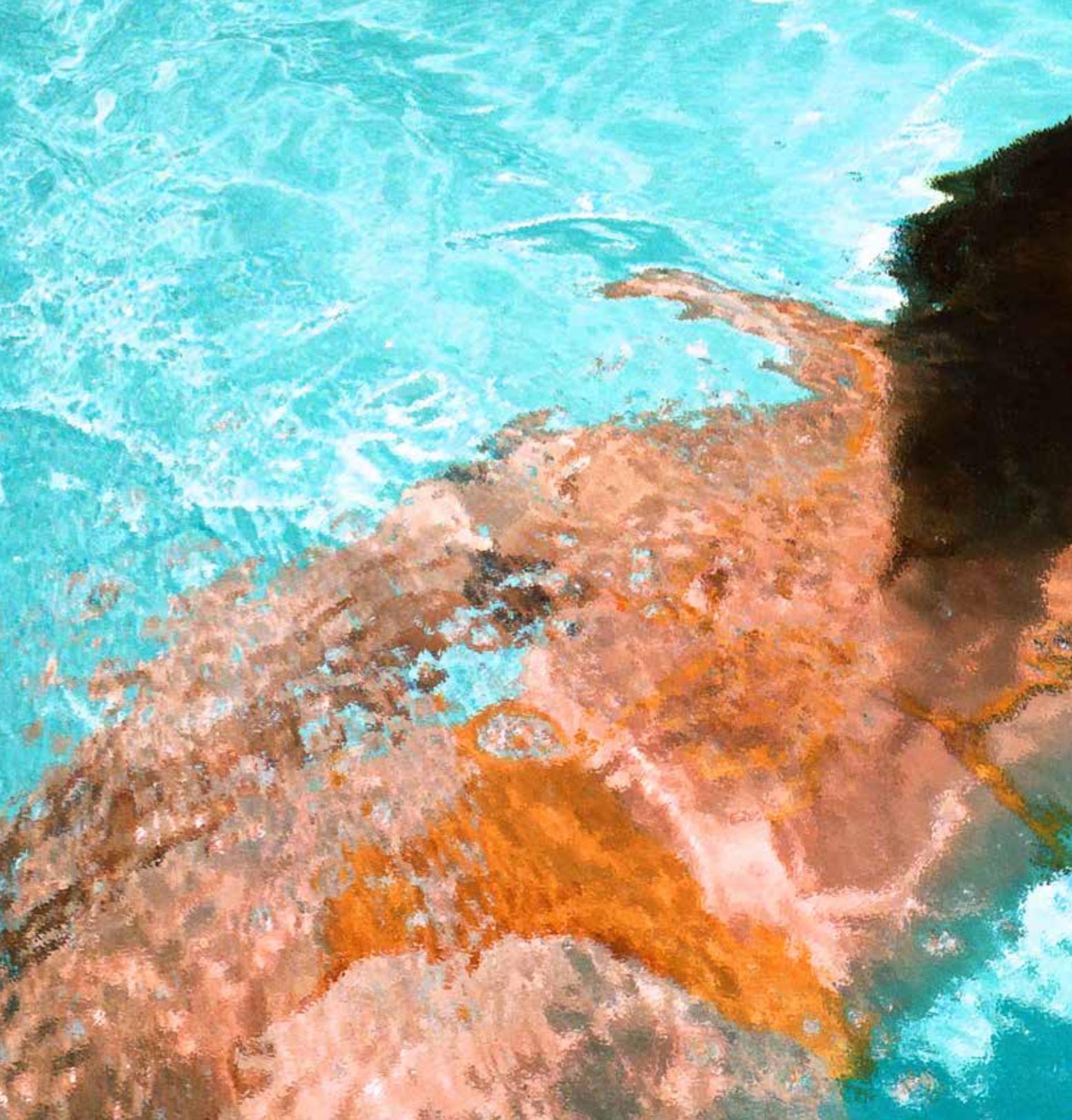


ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

terribles máquinas policiales, seguirán anunciando los impertérritos tecnócratas que sus medidas de ajuste eran las únicas posibles. Ellos no fallaron, claro que no. Quienes fallaron fueron los hombres, que no supieron estar a la altura de una doctrina económica que es infalible, eternamente verdadera. He ahí la mayor mistificación de todos los tiempos. Un delirio homicida. Los sumos sacerdotes de la religión financiera, como ese que yo podía observar en la pantalla de mi televisor, peroraban sin descanso. Era un bastardo omnipotente al que, en otra vida, de buena gana habría tiroteado la sien. Suenan las campanitas, llaman a muerto. Qué felicidad sentimos en nuestro pecho. Una voz melíflua me susurraba cosas espantosas. Cuántas toneladas de hastío se recuecen en los hornos crematorios de la civilización. En el flagelo de mi conciencia restallaban unas perlititas amargas, gotitas de inmundicia, fiebre tifoidea titilando en los labios.

Su rostro está grabado en cada pedacito de mi memoria, como si un orfebre sádico hubiera querido insertar su imagen en todos y cada uno de los pliegues de mi temporalidad interna. Estoy hablando del rostro de ella, evidentemente. Me abandonó. De eso han pasado ya unos cuantos meses, pero su fantasma se aparece una y otra vez, con tesón inasequible. Siempre regresa, como un dolor inextinguible. No se ha inventado un analgésico que pueda disminuir esta fatiga cósmica. Zambullirse en un lago de pus, recibir golpes en la nuca. Soy el hazmerreír de las clepsidras, que vierten su agua

con parsimonia criminal para dilatar el tormento de la sed. Infames reminiscencias se agolpan en los rincones.

Qué agonía tan estúpida. Olfateo podredumbres lejanas. Un mismo recuerdo recorre una y otra vez las diferentes habitaciones de mi mente, exactamente las mismas habitaciones, enloquecido recuerdo que va soltando espumarajos, manchándolo todo. Insidiosamente resuenan los ecos de un jadeo casi extinguido. Imágenes pretéritas indestructibles, porquerías evanescentes. Atribulado y torpe conjunto de fotogramas congelados, una cáfila apretujada de disparates que no pueden ser exterminados. Qué dolor tan mineralógico. Hace ya meses que no sé nada de ella, pero sueño febrilmente con desabrocharla un botón, una vez más.

Estamos yo y mis palabras, examinándonos mutuamente. Ellas escudriñan mi ser como viejas fisgonas, y yo las escudriño a ellas. Esta habitación tan vulgar es un telón de fondo casi perfecto para celebrar un ritual extraño y obsceno, sin alardes de tragedia. No quedan ya lugares en los que exhibir aspavientos existencialistas; nunca tendremos nada parecido a un soliloquio dramaturgico, qué va, solo puñetazos ligeros en las vértebras, y el alma herida de los ligamentos. No sé por qué vuelvo a pensar en esto una y otra vez; es una estupidez manifiesta. Vislumbro en los entresijos de mi duermevela nubes hermosas hinchidas de ocaso anaranjado, bermejas aves cuyas alas prendidas de fuego boreal son el anuncio arcangélico de una convulsión que se

avecina. Es una pedagogía crujiente y bullanguera. Una tormenta de barro y miedo aparece ya en el horizonte vetusto. Podemos columbrarlo con mirada apesadumbrada, y tenemos la certeza de que no hay dioses que puedan consolarnos. Mi lengua es un órgano sucio, que apenas sabe expresar lo que debe ser expresado. Todo este marasmo, tan amenazante y ominoso, se sustanciará en un nocturno para piano, una pieza que jamás podrá ejecutarse, pues probablemente anidó en algún pliegue inaccesible de universo matemático. Resistencia numantina cuando llegue el ataque ciclónico definitivo, no hay más alternativa. Combatiremos como gallos decapitados.

El don de la ubicuidad pertenece únicamente a las partículas más elementales de la nada, y el cieno abundante y transparente puede engendrar en el interior de mi frente una neurosis que llora por el parto doloroso de la lluvia sorda. La jugada no es pequeña, precisamente. Múltiples sandeces que ingiero con lunática fruición, un hontanar de porquerías que van colonizando el erial de la conciencia. No hay espíritu levantisco capaz de sobreponerse a esa infección generalizada. Caen las gotas asesinas desde una nube triangular, y las astas de un ciervo enorme se recortan en la colina sombría, duras y metálicas, para dar lugar a la eclosión tornasolada de un poderoso engendro orgánico que está a punto de sucumbir en una definitiva y horripilante hibridación biológica. Millones de moluscos pestilentes recubren una

playa desértica, algo sobrenatural se agita en el aire. Aúllan incestuosamente los cadáveres olvidados, una orgía indecorosa de glóbulos eléctricos, almas plastificadas. Todo es gélido y apesta a desinfectante. Todo está enfermo. Es una trama heteróclita, una algazara sonámbula, una pasión siderúrgica. Todas estas imágenes aparecen girando en un plúmbeo vacío repleto de viento azul; yo solo puedo frotarme los brazos, porque tengo frío. Me sumergí con alacridad enfermiza en un tráfico senil de pura serotonina, destilé calambres en los tendones de Dios. Que nadie se llame a engaño, pues el abanico se ha cerrado, todos los símbolos se han secado. Callan las águilas y se envalentonan las cucarachas; el festín llega a su fin, las trompetas anuncian en la lejanía el rugir de un avispero que levanta el vuelo, los tremendos agujijones ya apuntan hacia nuestras frentes. Mírame, estoy desquiciado. Desbarro, porque no estás. Pequeña niña llameante que prende mi memoria, escúchame con atención: trocearía mi alma en mil doscientos cuarenta y tres trocitos para venderlos después a cien mil trescientos cuarenta y dos demonios sádicos, haría eso con tal de poder abrazarte un solo minuto. Pero no llegará ese abrazo. Puedo sentir las detonaciones que vendrán.



In Memoriam

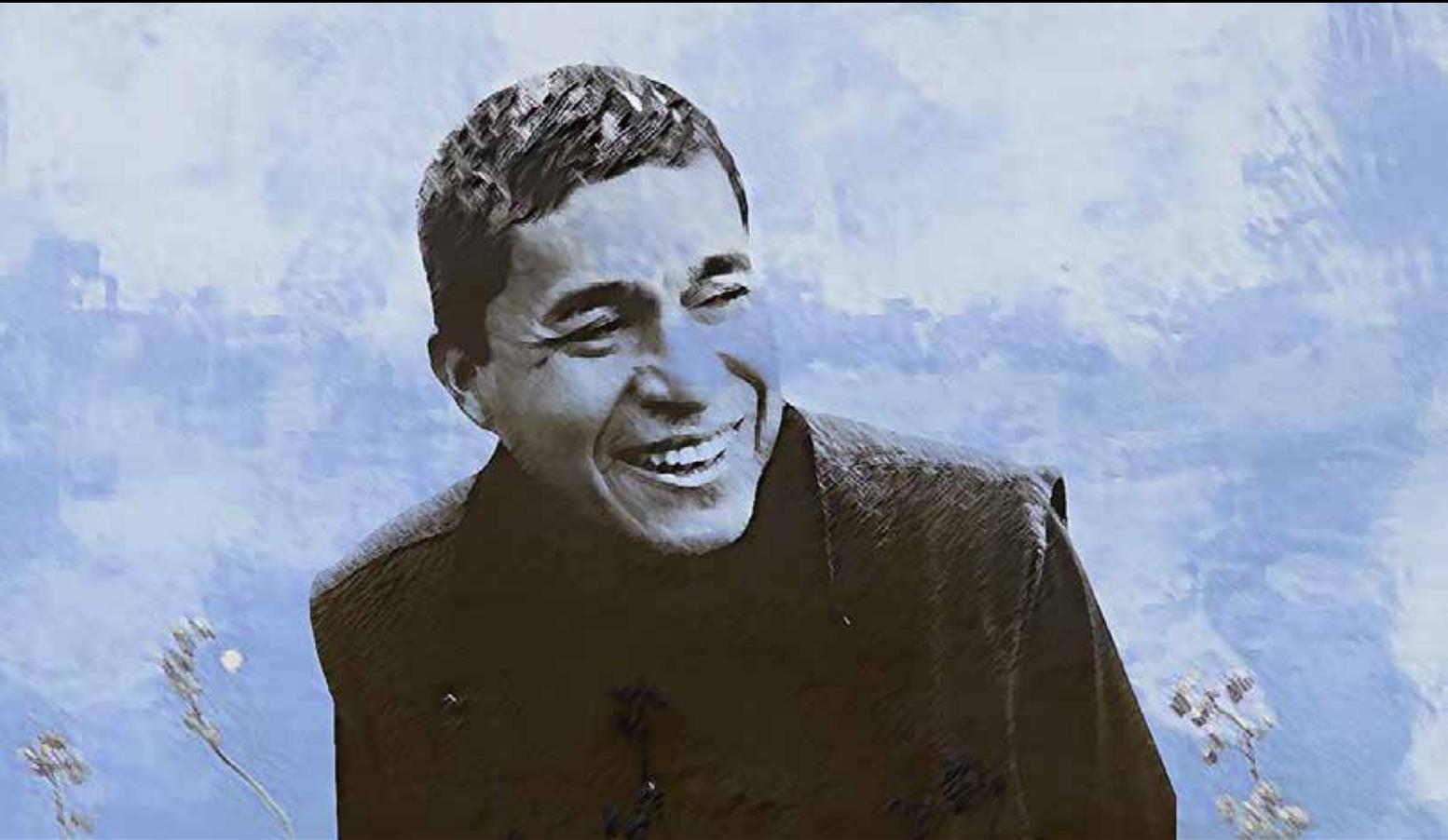


IMAGEN: WWW.RADIOCOCOA.COM

Homenaje a Pedro Gil (1970-2022)

LOLA MÁRQUEZ SORIANO

Puedo escribir los versos más cursis este día. Escribir, por ejemplo, Pedro Gil se ha desintegrado. Y ahora, convertido en polvo de estrellas, volverá reiluminado.

No llevó una vida nada feliz. De *delirium tremens* en *delirium tremens*, transcurrió su existencia que más de una vez suplicó que paren la guerra porque él ya no jugaba.

Para él, que siempre sonreía pese a las arrugas en la sangre, 17 puñaladas no eran nada.

Pero es una mala pasada que nos lo hayan arrebatado de esta manera.

Pedro Nadie, Pedro Pueblo, Pedro de Manabí, Pedro Pedro.

“Soy un equilibrista sin red protectora. Y no solo me hago daño a mí mismo. Pero hay una nueva generación de poetas que buscan primero la fama, cuando la obligación es primero hacer poesía. Hay borrachos que escriben adefesios. No se trata de ser maldito. Se trata de asumir tu condición. Si naciste en la miseria, sácales belleza a los pozos sépticos, yo saqué mariposas. Aprendan, giles. Yo soy el poeta y ahí termina la cosa. Y esto sí me gustaría verlo publicado”, declaraste hace más de una década, con esa lucidez que ya quisieran tantos.

Continuaste tu camino —qué camino, poeta, si tú sabías que no hay camino, solo el que hiciste al andar— y a pesar de tantos golpes que te dio la vida, tú seguiste entregándole sueños.

Ahora te has dormido para siempre. Papá, mamá, Victoria, Ubaldo te reciben a la vuelta de la luna recitando tus poemas.

Puedo escribir los versos más cursis esta noche lluviosa de tu Guayaquil afable.

Escribir, por ejemplo, a Pedro le dieron la estocada final después de medio siglo.

A Pedro Gil. Solo su poesía nunca podrá ser arrollada.

(De mi serie espontánea sin rima “Puedo escribir los versos más cursis este día”). Cita tomadas de diario El Universo, 2010.

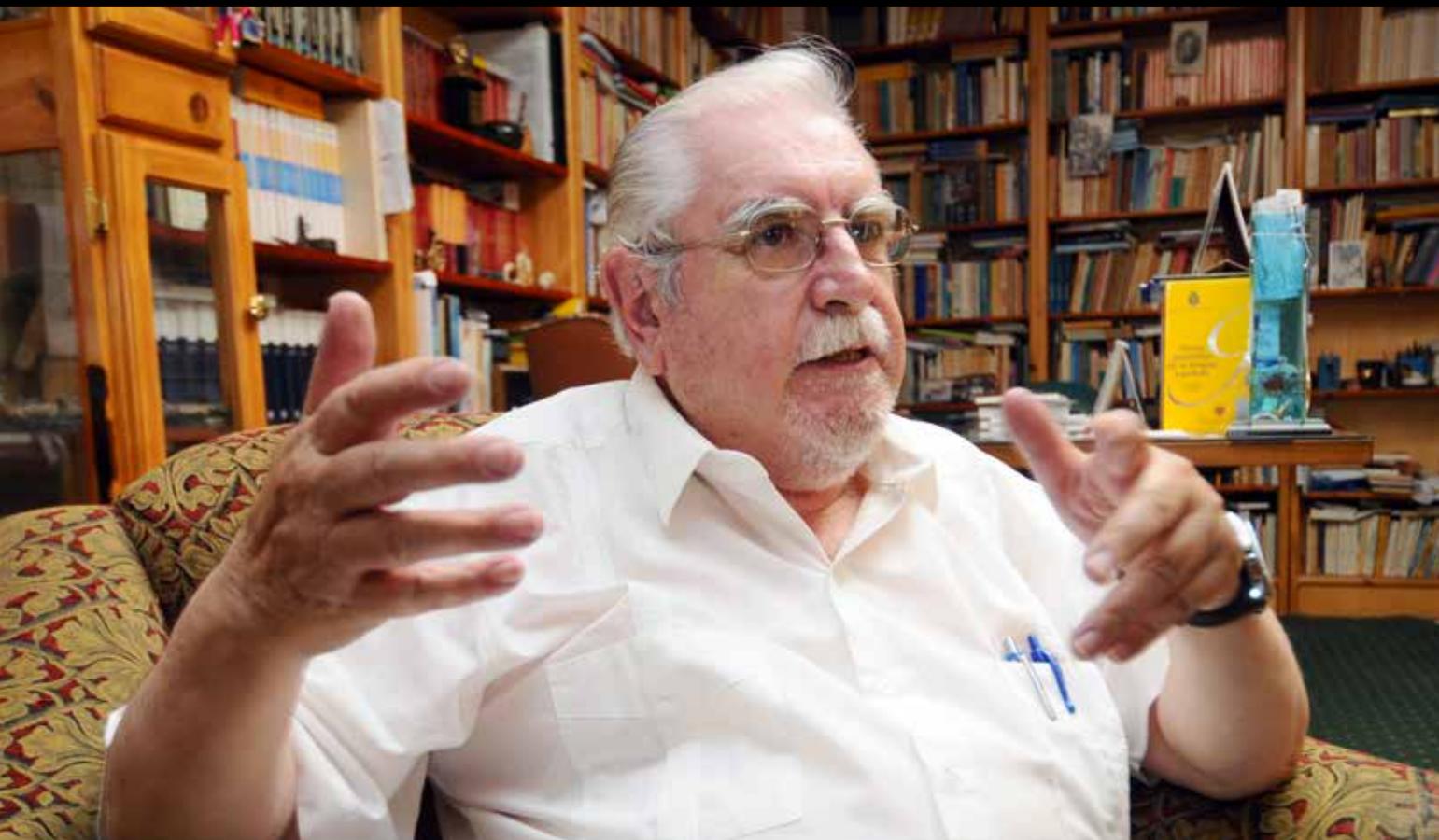


IMAGEN: WWW.ELUNIVERSO.COM

In memoriam Juan Valdano Morejón (1940-2021)

C

uentista, novelista, ensayista, miembro de número de la Real Academia Española de la Lengua, capítulo Ecuador. Ganador del Premio Eugenio Espejo 2020, en la categoría 'Creaciones, realizaciones o actividades literarias'.

Entre las obras del prolífico escritor se encuentra *El Humanismo de Albert Camus* (1968), *La nación ecuatoriana como interrogante* (1971), *Mientras llega el día* (1990), entre otras. Esta última, considerada de sus novelas históricas más importantes, llevada incluso al cine bajo la dirección de Camilo Luzuriaga.

Están también los textos que lo han hecho acreedor al Premio Joaquín Gallegos Lara: la novela *Anillos de serpiente* (1998) y su libro de cuentos *La celada* (2002) y *Juegos de Proteo* (2009).

Bajo el gobierno de Oswaldo Hurtado, fundó la Subsecretaría de Cultura (1981) adscrita al Ministerio de Educación y Cultura.

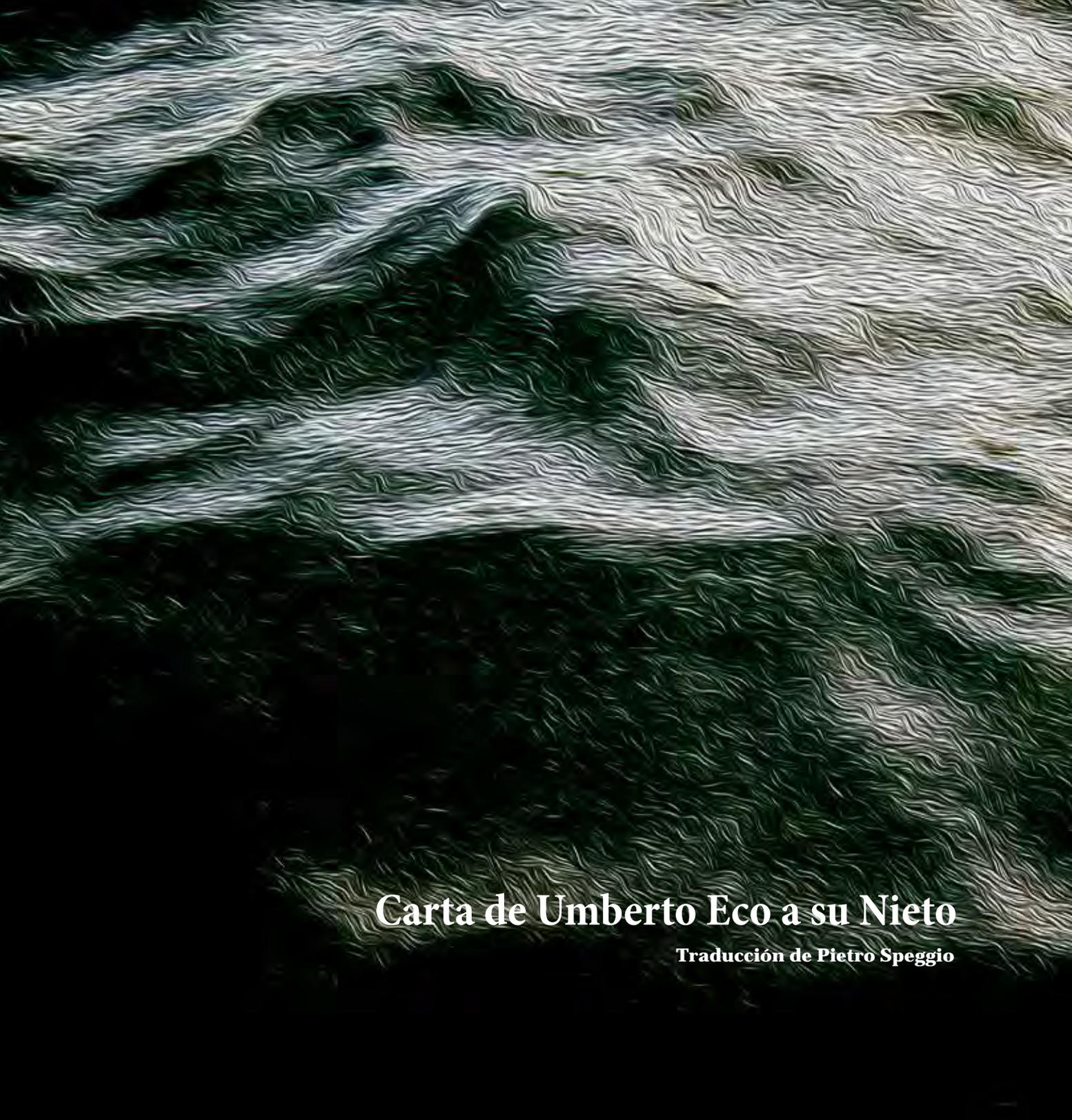
Fue uno de los grandes pensadores sobre la identidad ecuatoriana. Entre sus libros sobre este tema destacan *Ecuador: Cultura y generaciones* (1985), *Identidad y formas de lo ecuatoriano* (2006) y *La nación presentida: treinta ensayos sobre el Ecuador* (2019).

Su último libro fue *Tras las huellas de Odiseo* (2021) del cual Cecilia Ansaldo –también miembro de la RAE Ecuador– dijo en su columna semanal de diario El Universo: “Lúcido trabajo este que nos recuerda la vieja idea de que todos los libros se conectan entre sí de manera inagotable para formar parte de una biblioteca infinita”.

Entre sus más celebradas metáforas sobre lo identitario está la del espejo trizado:

“Ecuador es como un espejo roto en múltiples fragmentos, cada uno de ellos refleja solo una parte de lo que somos; hasta ahora no hemos encontrado la forma de unirlo, cuando lo hayamos encontrado creo que tendremos la posibilidad cierta de mirarnos y conocernos de cuerpo entero”.

MIS
CEIA
NEA



Carta de Umberto Eco a su Nieto

Traducción de Pietro Speggio

Caro Nepotino o La Pérdida De La Memoria

Mi querido nieto:

No me gustaría que esta carta de Navidad sonara demasiado a Edmundo de Amicis, con una exhibición de consejos sobre el amor por nuestros semejantes, por el país, por el mundo, y con cosas por el estilo. Así que escucha y, quizá al momento de poner todo en práctica (tú adulto y yo más que eso) ya haya cambiado el sistema de valores de manera que probablemente mis recomendaciones podrían resultar caducas.

Por eso quiero centrarme en una sola recomendación, que serás capaz de poner en práctica incluso ahora, mientras navegas en tu Ipad, no quiero cometer el error de aconsejártelo, no porque me vería como un abuelo tonto sino porque yo también suelo hacerlo. Lo que más puedo recomendarte, si por casualidad visitas cientos de sitios de pornografía que muestran la relación entre dos seres humanos, o entre un humano y un animal (y otras mil maneras) trata de no creer que el sexo es, entre otras cosas, bastante monótono,

ya que se lo pone en escena para impedir que salgas de casa y mires a chicas reales. Parto del principio de que eres heterosexual, y bien puedes aplicar mis recomendaciones: mira a las niñas, en la escuela o donde sea que vayas a jugar, porque son mejores que las que verás en la televisión y un día te darán más satisfacción que aquellas que verás en línea. Cree en los que tienen más

experiencia que tú (si tu padre sólo hubiese conocido el sexo por computadora tú nunca habrías nacido, quizá no existirías en absoluto).

Pero eso no es lo que quería hablar contigo, sino de una enfermedad que ha afectado a tu generación e incluso a varones de más edad que tú, que ya pueden ir a la universidad: la pérdida de la memoria.

Es verdad que si obtienes el deseo de saber quién era Carlomagno o dónde queda Kuala Lumpur, solo tienes que pulsar unos pocos botones y el Internet te lo indica de forma inmediata. Hazlo cuando lo necesites, pero después de hacerlo trata de recordar lo que has aprendido, ya que no estás obligado a buscar por segunda vez si por casualidad te viene una urgente necesidad, tal vez para una investigación de la escuela. El riesgo es que, debido a que se cree que el ordenador te puede decir todo en un instante, se pierde el sabor de metértelo en la cabeza. Sería un poco como si, después de haber aprendido que para pasar de la Calle Tal a la Calle Cual descubres que puedes tomar el autobús o el metro, que te permiten moverte sin esfuerzo (lo cual es práctico si lo haces cada vez que tienes prisa) y de repente te parece que ya no tienes por qué caminar. Pero si no caminas lo suficiente puedes convertirte en alguien "con capacidades especiales", como se le dice hoy a alguien que se ve obligado a moverse en una silla de ruedas. De acuerdo, sé que haces deporte y sabes hacer que tu cuerpo se mueva, pero volvamos a tu cerebro.

La memoria es un músculo como las piernas, si no lo ejercitas será tu cruz (desde el punto de vista mental) y se puede convertir en alguien con capacidades especiales o, hablemos claro, en un idiota. Y también, porque para todo el mun-

do, existe el riesgo de que al envejecer nos sobrevenga el Alzheimer. Una de las formas de evitar este desafortunado incidente es ejercitar siempre la memoria.

Así que aquí está mi dieta. Todas las mañanas, apréndete cualquier verso, un poema breve o cómo lo hicieron con nosotros "La Cavallina Storna" o "El sábado del pueblo". Y tal vez competir con tus amigos para ver quién recuerda mejor. Si no te gusta la poesía prueba con las formaciones de los equipos de fútbol, pero ponte atento porque no debes sólo saber quiénes son los jugadores de hoy en día, sino también los de otros equipos, y tal vez la alineación de los equipos del pasado (figúrate que yo recuerdo la formación del Torino cuando su avión se estrelló en Superga con todos los jugadores a bordo: Bacigalupo, Ballarin, Maroso etc.). Hacer carreras de memoria, tal vez de los libros que has leído (¿quién estaba a bordo del barco La Española buscando la Isla del Tesoro? Lord Trelawney, el capitán Smollett, el doctor Livesey, Long John Silver, Jim ...). A ver si tus amigos recuerdan quiénes eran los sirvientes de los tres mosqueteros y de D'Artagnan (Grimaud, Bazin, Mosquetón y Planchet) ... y si no quieres leer Los tres mosqueteros (no sabes lo que te pierdes) no importa, lo puedes hacer con cualquiera de las historias que has leído.

Parece un juego (y es que es un juego), pero verás cómo tu cabeza se llena de los personajes, historias, recuerdos de todo tipo. Si te preguntas por qué las computadoras fueron llamadas alguna vez cerebros electrónicos es porque fueron concebidas a partir del modelo de nuestro cerebro, pero el cerebro tiene más conexiones que una computadora, y es un tipo de equipo que se puede llevar a todas partes y que crece y se robustece con el ejercicio, mientras que la máquina se desgasta, pierde velocidad y al cabo de unos años hay que cambiarlo. Mientras el cerebro puede durar hasta noventa años (si se lo mantiene en funcionamiento) y recordará más cosas de las que recuerda ahora. Y gratis.

Luego está la memoria histórica, una que no resguarda los hechos de tu vida o las cosas que has leído, sino todo lo que ocurrió antes de que nacieras.

Hoy en día si vas al cine tienes que entrar a una hora fija, cuando la

película comienza, y tan pronto como alguien comienza es como si alguien te tomara de la mano y te dice lo que sucede. En mi época se podía entrar al cine, en cualquier momento, quiero decir a la mitad de la función, de tal forma que si se llegaba mientras estaba sucediendo alguna cosa se trataba de entender lo que había sucedido antes (más tarde, cuando la película comenzaba de nuevo desde el principio, se podía llegar a un entendimiento cabal aparte del hecho de que si la película nos gustó podíamos quedarnos y verla de nuevo). Lo que quiero decirte es que la vida es como una película de mi tiempo. Entramos en la vida, cuando ya han pasado muchas cosas, cientos de miles de años, y es importante aprender lo que ocurrió antes de nacer. Se tiene que entender de la mejor manera por qué hoy en día muchas nuevas cosas suceden.

Ahora la escuela (además de tus lecturas personales) deben enseñarte a memorizar lo que ocurrió antes de que nacieras, pero se ve que no lo hace bien, porque varias encuestas nos dicen que los niños de hoy en día, incluso los que ya están en la universidad, a pesar de que nacieron por casualidad en 1990 no saben (y tal vez ellos no quieren saber) lo que sucedió en 1980 (y ni hablar de lo que pasó hace cincuenta años). Nos dicen las estadísticas que si les preguntas a unos pocos quién era Aldo Moro responden que era el jefe de las Brigadas Rojas en vez de señalar que fue asesinado por las Brigadas Rojas.

No hablamos de las Brigadas Rojas, siendo un misterio para muchos, sin embargo, ya existían hace poco más de treinta años. Nací en 1932, diez años después de la llegada al poder del fascismo, pero ni siquiera sabía quién era el primer ministro en el momento de la marcha de Roma (¿qué cosa es?). Tal vez la escuela fascista me había enseñado a explicar cuán estúpido y malo era el ministro ("el cobarde Facta") que los fascistas habían reemplazado. Está bien, pero al menos lo sabía. Y entonces, aparte de la escuela, un niño de hoy no sabe quiénes eran las actrices de cine de veinte años atrás mientras yo sí sabía quién era Francesca Bertini, protagonista de las películas mudas que se proyectaban veinte años antes de mi nacimiento. Tal

vez lo supe porque hojeé revistas viejas apiladas en el armario de nuestra casa, pero, de hecho, te animo a navegar también a través de revistas viejas, ya que es una manera de aprender lo que ocurrió antes de que nacieras.

Pero ¿por qué es tan importante saber lo que ocurrió antes? Debido a que muchas veces lo que sucedió antes explica por qué suceden ciertas cosas hoy en día y en cualquier caso, recitar la alineación de un equipo de fútbol, es una forma de enriquecer nuestra memoria.

Ten en cuenta que esto no puedes hacerlo sólo con los libros y revistas, lo puedes hacer muy bien en Internet que se usa no sólo para chatear con tus amigos sino que lo puedes usar incluso para chatear (por así decirlo) con la historia del mundo. ¿Quiénes eran los hititas? ¿Y los camisardis? ¿Y cómo se llamaban las tres carabelas de Colón? ¿Cuándo desaparecieron los dinosaurios? ¿Podría el Arca de Noé tener un timón? ¿Cuál era el nombre del antepasado del buey? ¿Cuántos tigres habían hace más de cien años? ¿Qué cosa era el Imperio del Mali? ¿Quién fue el segundo Papa de la historia? ¿Cuándo apareció Mickey Mouse?

Podría seguir por siempre, y todo sería bellas aventuras de investigación. Y todo para recordar. Llegará el día en el que serás un anciano y te sentirás como si hubieras vivido mil vidas, porque será como si hubieras estado presente en la batalla de Waterloo, o habrás sido testigo del asesinato de Julio César y estarás cerca del lugar donde Berthold el Negro mezcló sustancias en un mortero para encontrar las formas de fabricar oro, y descubrió la pólvora por error, y explotó (haciendo que te pongas de inmediato de pie). Otros amigos, que no han cultivado su memoria, han experimentado la vida una sola vez, en soledad, con una gran melancolía y desprovistos de grandes emociones.

Cultiva la memoria y, a continuación, en la mañana, memoriza el poema "La Vispa Teresa."



En Esta Casa de Enfermos de Jorge Velasco Mackenzie

VIVIANA CORDERO ESPINOSA

ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

Q

ue la necesidad de fortalecer la composición de diálogos, lo lleve a uno a la escritura de dramas es una original manera de incursionar en un nuevo campo de la Literatura. Así lo confiesa Jorge Velasco Mackenzie (1949-2021). De ese ejercicio emerge, reluciente, En esta casa de enfermos, obra que alcanzara el primer premio en el IX Congreso Nacional de Obras de Teatro, organizado por la Municipalidad de Guayaquil en 1983. Y sin sobrevalorar los hechos de los Concursos y los Premios, entremos a comentar la médula de En esta casa de enfermos.

A la luz de la célebre pregunta del alemán Lessing: "¿Para que el amargo trabajo de la forma dramática? Para que el edificio del teatro, el disfraz de hombres y mujeres, la tortura de la memoria, la reunión de toda la ciudad en un solo lugar, si yo, con mi obra y su representación, no quiere lograr más efecto que alguna de las emociones de un buen cuento, leído por cualquiera en un rincón de su casa, puede producir...?" Vale replantearse la situación del teatro

ecuatoriano, ya que, como ésta, las obras nacen para envejecer el arte dramático, al que solo se incorporan cuando son representadas.

Interesante, ambiciosa la obra de Velasco Mackenzie, pero solo será teatro cuando la veamos en escena. (Y eso que admito —con Aristóteles— que una auténtica tragedia puede producir catarsis únicamente con su lectura).

Pero en el caso de *En esta casa de enfermos* no se trata de una tragedia sino de un drama intelectual, como le he bautizado, en el que se enfrentan dos gigantes de la narrativa ecuatoriana, convertidos en personajes, con la carga de sus problemas individuales y sus conocidas posiciones ideológicas: Joaquín Lara y Pablo Palacio. El primero, amarrado a su invalidez, pero ardiente en su combatividad política; el segundo, conviviendo con sus fantasmas interiores y derramando esa penumbra lúcida de su premonición de la vida.

Los dos se encuentran en “una casa de enfermos” que no es otra cosa que la Historia, en la que ya están incluidos, zarandeados por la posteridad que ha sometido a juicio sus vidas y obras; como dice, agotado, Palacio: “cada día es más difícil vivir en esta casa de enfermos. Somos producto de las pasiones...”

Del choque verbal de los escritores, del antagonismo de sus posiciones, pasamos a ver representadas sus respectivas obras. No podía ser de

otra manera si de un texto dramático se trata. Gallegos revela incompreensión y burla cuando dice: “Préstame a una de tus dos mujeres”; Palacio, dolorosa reciedumbre cuando repone: “La doble fue en verdad mi única mujer... fue real por ella estuve en el olvido, por ella estoy aquí, en esta casa de enfermos”. Así, con recurso brechitano, anuncia al público la adaptación de su cuento “La doble y única mujer”, lo mismo ocurre cuando le toca a Joaquín Gallegos Lara anunciar la representación de su relato “Mataburro”. Para entonces los autores se han convertido público y luego en jueces de sus respectivas obras.

Las dos adaptaciones que figuran en medio del texto de Velasco son fieles a las obras originales; se respetan los temas, el estilo (hasta la sintaxis especial de las hermanas siamesas) y los personajes. Fácilmente el espectador que ha leído los cuentos en mención puede identificar los mundos literarios de los autores: el mundo escindido, opresivo, en el cual las dos (o muchas) facetas del ser humano se muestran concomitantes a la visión oscura y profunda de Pablo Palacio.

En la adaptación del cuento “Mataburro” afloran las preocupaciones de Gallegos: el zapatero borrachín y militante que es separado del Partido por culpa de su vicio, debatiéndose en una simbólica mirada azul sobre la realidad; incomprendido por los dirigentes intelectuales, abandonado en



ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

el conflicto de elegir y luchar hasta conseguir ver todo rojo “como el amanecer de las revoluciones”.

Después de cada uno de estos espacios de ficción dentro de la ficción, Palacio y Gallegos retoman sus voces para juzgarse mutuamente. Gallegos es duro, inflexible e irónico frente a las torturas interiores del compañero: “Nada de arrepenimientos, quien se arrepiente no está en la historia, no está en esta casa de enfermos”, defiende la integridad y la pureza del pueblo mientras arremete contra las contradicciones del intelectual, aunque termina admitiendo que en la vida siempre hay algo que no está terminado (¿Una tarea? ¿Un compromiso? ¿Una obra literaria?).

Luego de la obra de Gallegos, en cambio Palacio opina que es “alentador, ejemplar, cansado, aburrido, mentiroso (porque) nadie se vuelve loco por beber trago”, es decir, el Realismo es falso e incompleto porque mutila la realidad.

Pero esta polarización encuentra también en la pieza su síntesis; cuando los dos escritores aceptan que “el más loco de todos los locos” con “el más cojo de todos los cojos” tienen que unirse, que entregarse piernas y cabezas para fortalecer juntos a un solo hombre, un ente simbólico de un solo grupo, de un solo pueblo. Los dos actores, uno sobre los hombros del otro, ratifican este significado dando vueltas sobre el escenario y gritando: “¡Somos un solo hombre!”.

Ahora justifico lo de drama intelectual. Como se ha visto, la temática de la obra está tan íntimamente vinculada con antecedentes de rai-gambre histórico-literario que una de sus exigencias para un completo seguimiento es comprender cada una de las alusiones concretas y directas que la ficción hace a la realidad de los autores. Como, por ejemplo, cuando Palacio se queja: “Si mi novela no se hubiera perdido”, el pensamiento se nos va detrás de “Ojeras de Virgen” y lo lamentamos con él. La clave de la tensión dramática en este caso no es emotiva sino conceptual, aunque de ella se desprenda la trágica condición de dos hombres desiguales en la vida, minusválidos en su humanidad, pero enormes y fuertes en su talento y en su tarea. La polarización con que la crítica salvó la obra de Gallegos y sumió en el olvido la de Palacio, pesa demasiado en la mayor parte de la pieza aunque al final se intente una síntesis valedera.

Sin embargo, a pesar de las referencias (ésas, que los que conocemos la obra general de cada autor, nos gozamos en localizar) soy consciente que para que el mundo de la obra sea dramático “debe ser directamente vivido como tal” (Kayser), es decir, presentar una acción que ocurre solamente en el momento que se representa porque no tiene pretérito y que su contacto sea directo, sin las voces de intermediarios. En En esta casa de enfermos hay una estructura que corrobora su inten-

ción dramática: el choque de Palacios y Gallegos como individuos primero a través de sus diálogos, y como autores después al contemplar —representadas— una de sus obras que viene a testimoniar el tipo de literatura que produjeron para el Ecuador de la década del 30, para la posteridad que hoy las lee y las juzga.

De la interpretación de diálogos y obras va creciendo una sensación de “incompletud”, una necesidad de que se fusione lo que los escritores entregaron por separado. Al grito de “¡Somos un solo hombre!” la obra que tenemos frente a los ojos, el texto de Velasco resulta ser la respuesta que los personajes —y nosotros— estamos buscando. Al fin y al cabo, Jorge Velasco Mackenzie pertenece a una generación de escritores que se ha nutrido equilibradamente del valioso legado de los dos grandes narradores.

Uno de los mayores méritos de la pieza es la construcción de personajes. Sin duda aquí se cuele la experiencia de un gran manejador de seres reales, convincentes, como es Velasco. Las personalidades de Palacio y Gallegos están captadas en su hondura, en sus matices de conflictividad psicológica, en su propio fuego interior; Yo primera y Yo Segunda de “La doble y única mujer”, Miguel Saavedra y el Sapo de la Grecia de “Mataburro” representan excelentes síntesis de todo cuanto sus respectivos autores pusieron en ellos en las obras

originales. Por tanto, En esta casa de enfermos muestra al mismo tiempo a un creador de teatro y a un buen adaptador.

Como pieza de tendencia contemporánea, el recurso brechtiano no podía estar ausente. Ya mencioné que al final del Acto II, Palacio presenta su propia obra; lo mismo hace Gallegos al final del Acto V. Las siamesas confiesan: “Lo que estoy haciendo es afirmar a nuestros espectadores que existe en mí una dualidad; es decir, todos —personajes y espectadores— tenemos conciencia de que estamos en el teatro. Frente a la representación de la realidad. En la mimesis.

Para contestar la pregunta de Lessing con que abrí esta reflexión, Jorge Velasco Mackenzie ha entregado el primer aporte: un brillante texto dramático —aquello que ofrece la Literatura— que multiplica sus posibilidades de escritor abriendo el radio de sus incursiones (poesía, cuento, novela, crítica). La obra espera, exige, de otras iniciativas que hagan realidad aquella premisa que nos dice que el teatro es la más completa de las artes. Mientras tanto debe leerse, discutirse o, simplemente, conocerse.

POETAS IBEROAMERICANOS



RAÚL VALLEJO

TRABAJOS Y DESVELOS

Ecuador



Trabajos y desvelos, de Raúl Vallejo: un viaje al fondo de sí mismo

LUZ MARY GIRALDO

Con una obra que oscila entre novela, poesía y ensayo, Raúl Vallejo ofrece una honda meditación sobre ser y estar en el mundo y en el amor, y una amplia conversación con la vida, la creación, la conciencia histórica y la complejidad de la existencia. Se trata de un tejido intertextual que genera pensamiento poético, en el que sus obras dialogan entre sí al reconocer lo más íntimo de vivencias personales y familiares que fluyen a la par con personajes históricos y literarios. Esto significa que en su literatura hay una amplia gama de vasos comunicantes que definen su carácter y está dispuesta a asumir tanto la voz más íntima y personal como la más desgarrada y profunda voz ajena. Diálogo de mundos, diríamos, de vidas, de voces y de pensamientos. De sentido.

En su más reciente poemario, *Trabajos y desvelos* (2022), los epígrafes iniciales se refieren al compromiso con la poesía, como sugiere Cervantes en su *Viaje al Parnaso*: “Yo, que siempre trabajo y me desvelo por parecer que tengo de poeta la gracia que no quiso darme el cielo...”, complementándolo con la cita del “Decálogo del artista” de Gabriela Mistral, donde se afirma la belleza artísti-

ca como “vino generoso que ilumina y enciende la acción”. Mistral llama a “la belleza opio adormecedor” que apela a la integridad del hombre o de la mujer para no dejar de ser artistas. Los dos epígrafes tejen la idea de poesía y acto poético incitados por la belleza, y deben entenderse como puerta de entrada a este corpus distribuido en nueve partes (si no en diez) en las que el sujeto creador recorre el mundo y su mundo. No sobra decir, según el Tarot, que el número nueve es, entre otros, el del creador, el de la introspección, el del autoconocimiento y el de la multiplicidad.

El punto de partida y eje de las partes o estaciones que constituyen el poemario, es el viaje al fondo de sí mismo. Precisamente, en su ensayo “Acerca de la poesía”, Raúl Vallejo afirma el diálogo profundo del yo poético con la existencia, en el que se necesita aislamiento y soledad. Diálogo sostenido no sólo en el yo del poeta sino en el yo del lector que se siente implicado. Supone confrontación consigo mismo desde silencio y meditación, y requiere de un lenguaje particular que conduce a lo esencial del ser. Si bien puede ser fiesta verbal y danza de la palabra que varía de una época a otra y entre un autor y otro, es inútil y difícil definir la poesía. De manera honda y reflexiva dice, conteniendo el sentido de toda su obra creativa: “La poesía es una utopía que no ofrece nada más que la contemplación del ser humano

en el espejo de su propia finitud”. Esto significa una mirada honda a sí mismo, a los otros y a lo otro, a la otredad, a ese saber que somos prescindibles y formamos parte de un tiempo transitorio.

Cada estación de este itinerario poético de Trabajos y desvelos constituye un recorrido entre poesía y narración relacionados un universo autorreferencial e intertextual. Así cuenta sus orígenes ecuatorianos en Manta, “traído por delfín de canto libre” y no por la cigüeña, definido por el amor que es compaginación entre vid y sed y ser del otro con otro. Participe de la tradición de grandes autores y personajes, entre ellos Cervantes y la aventura de don Quijote que se prolonga en Melquíades y ese territorio fascinante que es Macondo, así como en los cuestionamientos de Sor Juana y todos a quienes rinde homenaje, como José Martí, Gabriela Mistral, Gustavo Adolfo Bécquer, Rubén Darío, Gabriela Mistral, Juan Ramón Jiménez, César Vallejo, Alejandra Pizarnik, Ernesto Cardenal, Vicente Huidobro, Alfonsina Storni, Miguel de Cervantes, Fiodor Dostowiski... El conjunto ofrece un caleidoscopio, o mejor, como allí mismo se afirma, un políptico, pues se trata de una mirada al universo y a la existencia desde distintos ángulos, módulos o paneles, donde cada pieza es unitaria y dinámica, pues al relacionarse unas a otras se complementan y cargan de sentido.

Las breves palabras introductorias de Ma-

ritza Cino Alvear y de Jorge Aguilar Mora son puntuales. Maritza habla de unos yoes compartidos en los que la memoria del niño se entrecruza con la del adulto “que fabula entre fronteras reales y ficcionales”. Jorge se refiere al poemario como una elegía por los dioses muertos y los hombres derrotados, en la que la primacía del lenguaje tiene la palabra como modelo para armar “el lenguaje puro, el Logos magnífico del verdadero cosmos o de la sola Verdad cósmica”. Se trata, diríase siguiendo el significado del número nueve, de un recorrido por el ciclo cumplido. Desde el fin se sugiere otro comienzo. Todo el viaje por esas modalidades del ser que nos presenta este políptico es reconstrucción y reinención de lo íntimo, lo familiar y lo colectivo, logrado, valga reiterarse, con la introspección que permite la meditación poética. Podríamos detenernos brevemente en la cada sus partes:

Autorretrato, modelo 1959, cuyo subtítulo “Artefacto sobre papel, políptico” anuncia no solo su autoafirmación en una tradición poética, sino una visión polisémica en la que se muestran múltiples caras de una misma realidad, y el punto de partida en el año de nacimiento del autor. Son cinco poemas referidos a lo esencial de la historia íntima y personal. No se trata de un universo plano o unidimensional sino, por el contrario, de un “artificio sobre papel” que en el movimiento verbal del lenguaje poético capta y determina estados, vi-

vencias y contradicciones, sino de una suerte de bitácora del yo que anticipa todo el poemario, y de un manifiesto del ser que ser autoafirma en su patria, Ecuador “paralelo cero”. De ahí que el primer poema ofrezca un situarse en el mundo estableciendo pactos y distanciamientos. Quién es, qué nexos tiene con la poesía de otros, qué desdeña, de qué realidades o formas de actuar o de pensamiento busca desprenderse, qué costumbres o modelos no le interesa seguir, qué o quiénes habitan su mundo poético, ese conocimiento y legado que le permiten afirmarse y saberse prescindible, de Manta, ligado al amor que redime y afirma, participe de la Arcadia de los poetas y de canto libre.

Autobiografía poética, pues, en la que el yo transmite su toma conciencia de sí mismo, de su medio, de sus ancestros, de su tiempo, de sus relaciones a través de diferentes universos, de sus vínculos y de su condición de ser en un mundo transitorio y volátil. Y si afirma la multiplicidad de yoes que lo caracterizan como “poeta sepultado en París”, “místico en su noche oscura”, “tabernero de un antro de poetas menores”, “prometeico caldero de la ironía sin método” también declara el deseo de parecerse a Cide Hamete Benengeli, ese personaje creado por Cervantes en su Don Quijote de la Mancha, antecesor de la llamada nueva novela histórica, cuya función es relativizar la historia y ponerla en crisis.



IMAGEN: DEATH TO STOCK

Ese yo poético se entronca a Baladas para Aldonza, donde el poeta se desdobra repetidamente y asume miradas, emociones y planteamientos femeninos, al explorar desde el mismo título a la amada ideal de Don Quijote y a destacados yoes de personajes reales o ficticios. Así, por ejemplo, es la voz que se autodefine en “La mujer del poeta”, y al hacerlo afirma ser su apoyo en las penurias de la vida diaria, amar sus metáforas y versos del mundo, las metonimias en su vientre y esperar siempre su regreso cuando se extravía “en su pueril bohemia”. Es la poeta Zenobia Camprubí, esposa de Juan Ramón, enferma de gravedad que se declara “carcomida / por un animal / deforme, implacable en el fondo de mi matriz, / mantengo la casa; / las cuentas en orden (...)” y conoce la fragilidad de ese poeta que no tiene posibilidad “de ser en el mundo sin su Zenobia”. Es Manuela Sánchez, Dolores Veintimilla de Galindo, Mathilde Mauté, Sara Bar Eleazar, Isabel de Saavedra, Laida Von Krélin, una mujer Tamil que replica los versos de Neruda. Voces en distintos registros, en prosa o en verso, de hondas de mujeres con identidad, cada una respectivamente osada, amada o desamada por su hombre o poeta. De manera sugestiva se sumerge en lo cotidiano de esos yoes femeninos que leen los versos del poeta y en ellos encuentran los “versos del mundo” o los propios, los sienten con el cuerpo y el deseo, con el dolor del amor o el de la ausencia, con el de la enfermedad y el del silencio. El epígrafe

de Sonia Manzano contiene sus respectivos dolores: “El que no pueda llorar/ que tire la primera lágrima, / que tiren sus ojos los que puedan/ aguantar el soplo de los filos/ y no bajar sus párpados”.

Con Ida Vitale abre el pasadizo a Otra vez la rosa otra: “Soy la rosa de la verdad del verso y soy la espina de la mentira del poeta”, epígrafe que recoge la palabra poética o toda forma creativa en la que conviven la verdad y la mentira, la rosa y la espina. En una transposición de “Arte poética” de Vicente Huidobro que abre y cierra esta sección, introduce con una fotografía de la artista colombiana Mara Sánchez González, Mara. La imagen es la de un botón de rosa que se instala en la pupila y sugiere finitud. El primer poema, referido al título de esta parte, escrito en *itálicas* inquiriere: “¿Cómo hacerte florecer en el poema rosa dormida?/ (...) / otra vez la rosa, otra vez, rosa otra”. Alternando poemas en prosa y en verso, sostiene el tejido con la imagen de la rosa y afirma que la poesía es “deseada y deseante”, arte blanca, rosa maldita de cuya “podredumbre emerge el arte de los poetas”, rosa blanca “de tristes espinas”, rosa de la sabiduría replegada en Sor Juana, rosa habitada por heridas y espinas en Pizarnik, rosa de pétalos ásperos que abrazó Mistral, la de la revolución germinada “sobre la tumba de Ernesto Cardenal”, la del poeta suicida, la arrancada del rosal... En todas ellas se entiende el oficio de escribir con las condiciones exigidas para hacer que el verso flo-

rezca y que, al cerrar de manera circular, reitere la poética: “Escribir un poema en la rosa, ¡oh poetas!, que la poesía florezca en la rosa escrita”.

Sonata familiar, en clave de yo, reconstruye memorias, episodios y momentos de vida familiar y del mundo doméstico. Fantasma de la historia personal, el pasado que está ahí, que queda vivo a pesar de los adioses. El prodigioso comienzo con “La máquina de coser Singer” contiene a la vez la costura del poema, la vida como tejido de Penélope y la infancia y sus sonidos, pliegues y repliegues, roturas y remiendos. Detrás, con y en la costura, el comienzo, la ausencia, la niñez, el nacimiento a lo poético en esa madre “ardiente sustancia de la poesía”. Y el sonido del camión del padre que se ausenta, el camión de ese Ulises del pasado personal, “camión / peregrino de pueblos, gitano de circo pobre. / Itaca se borró del mapa. Telémaco, / confundido en la niebla, / ya no navega”. Somos infancia, dice de alguna manera esta sonata en clave de yo.

Si habla del yo culto en todas partes, no ajeno a ello, esta cuarta parte habla del “niño extraviado” que se refugiaba en el arco de la Singer. De los objetos de la infancia, la lluvia, el rosario, los sonidos que llevan a las soledades. Las lecturas infantiles, los modelos a aprender en los Clásicos de Ariel. Allí están el barrio, la abuela y el abuelo, la ñaña, los viajes, los vehículos, el transitar por los enigmas, las primeras aventuras, el desprendimiento del hogar, las migraciones, los “hermanos, sombras

extendidas de cuerpos ausentes”. La familia como memoria de la tierra, de la sangre y de los años de formación. Desdoblarse al fondo del comienzo.

Prohibido tomar fotos con flash, acompaña de varias fotografías de Mara Sánchez, a quien dedica este parte, une la poética visual y verbal. Alejandra Pizarnik abre la puerta con sus versos. “Tú eliges el lugar de la herida / en donde hablamos nuestro silencio. / Tú haces de mi vida / esta ceremonia demasiado pura”. Los poemas se deslizan en las pinturas y en los objetos artísticos, señalan la captura del paso del tiempo que fija la imagen, la ausencia y el silencio, la soledad y el abandono, la tempestad en los colores, la atmósfera atormentada. La dinámica es la del ojo del poema verbal al de la imagen plástica, a esa capacidad de captar el instante o el vacío, el desgarramiento o la gota a punto de caer, los lugares habitados por los objetos, el alma que cruje, en fin, la vida esencial en la voz del poeta y el color de la artista que en estas fotografías impresas en blanco y negro juega con el adentro y el afuera conjugados, la quietud y el movimiento, la sensualidad, la luz y la sombra.

Perla de ría es la séptima estación. La del agua. Canto a la vida. Los significativos epígrafes de John Steinbeck y Abel Romeo Castillo hablan de cómo cada quien lee su vida en los textos o se mece en las aguas del río, en este caso se trata de la ría de los orígenes. Se regresa a la belleza de las

aguas que son la condensación de la existencia. Homenaje a lo entrañable en el tópico clásico del agua: “nuestras vidas son los ríos”. La lluvia purifica la noche, “el rumor de ría” acompaña, la piel se humedece en el “bíblico lecho”, surge húmeda y dulce la geografía amada, la navegación compartida. Poética del agua que apela a lo femenino, Eva y el paraíso, la humedecida piel, agua-mujer, corriente que emerge desde adentro, la ría originaria, la geografía onírica, el comienzo, la “perla guayaquileña” con sus estaciones y placeres.

Mientras en esta parte se sostiene la sensualidad de la vida, lo elegíaco hace su tránsito en Trenos para honrar la vida. El ubi sunt del “Treno IX” de Aurora Estrada I Ayala, que sirve de epígrafe, convoca lo perdido. El festivo y largo poema “Sicoseo elegíaco para un poeta vivo después de su muerte”, en homenaje a Fernando Nieto Cadena, alterna con letras de salsa en reconocimiento a Willie Colón, Ray Barreto, Héctor Lavoe, Benny Moré, Johnny Pacheco, Celia Cruz, Cheo Feliciano, los boleros de Agustín Lara, la evocación de Marilyn Monroe, los ritmos y las voces, es decir la música y la vida en plenitud, en contrapunto con poetas como Ernesto Cardenal, Fayad Jamis, Ezra Pound, entrelazándose unos con otros en diversos lugares, para decir, como en el carnaval: “idos todos ¡a la vida / a la vida / a la mismísima vida!”. Cantado desde lo vital e hibridado en letras de música

festiva evocan la alegría de vivir. El poema como carnaval en ese tejido del texto salsero con los timbales, el güiro, las bebidas, las voces, los versos ajenos entretejidos y la vida como una fiesta a pesar de la muerte. Por otro lado, en otros poemas de diversa factura, la nostalgia de la pérdida, la ausencia de los mundos familiares, infantiles y de la alegría cotidiana, el reconocimiento del “búho de la escritura imposible”, las muertes colectivas y otros homenajes. Doloroso y sentido homenaje a “324 personas privadas de libertad” que “murieron violentamente” en 2021 en las cárceles de Ecuador, el de “A media Asta”, en el que hace señalamientos a los “corazones muertos” e insensibles. Poema de testimonio y protesta, poema de dolor.

No podían quedarse afuera poemas relacionados con la reciente peste mundial: Puerto del coronavirus. Crónicas de Guayaquil en cuarentena. MMXX, Annus horribilis. Se trata de escribir lo que se ha visto y vivido, como rezan las palabras de Jorge Velasco Mackenzie: “Escribe, pues, lo has visto, tanto lo de ahora como que pasará pronto, en todas las esquinas, (...)”. La significación del extrañamiento, del exilio o del insilio forzados, de los miedos y los espectros; de las noticias, las creencias y las censuras; de los confinados y los Nadie “en un cofre de cenizas sin dueño”. La casa como pequeña patria en la que apenas se respira, o la Casa de las “personas expulsadas

de todo paraíso; rechazadas por aquellos que llevan su misma sangre, [y] son errantes sin tierra prometida”; del anonimato, de la fosa común y de los cadáveres insepultos o multitud de cofres huérfanos. Anatomía de la angustia y la soledad, que reclama flores para las tumbas y se pregunta qué memoria quedará del encierro. El significado de esta estación que culmina el periplo retoma la fragilidad de la existencia, y su toma de conciencia precisamente en el MMXX, Annus horribilis.

Las puertas del viaje final se cierran con “Exlibris”, en el que se recoge el profundo sentido filosófico de la existencia, expresado de diversas maneras en cada una de las partes. Si asumimos ésta como parte diez del itinerario, habría que entender que este número se refiere al equilibrio y la perfección, tal como parece indicar el poema escrito sobre negro, “Oración en Rothko Chapel”, en el que se convoca al Ser desde la alteridad:

*Tú / Yo
Soy / Eres
La luz
Lo obscuro
Infinito del ser
Yo / Tú
Serás / Seré
El borde del
Tú / yo
Ser infinito.*

Bogotá Julio, 2022

Marcelo Báez Meza

Nunca más Amarilis



PREMIO DE NOVELA MIGUEL DONOSO PAREJA

Crónica
de sueños

Amarilis mestiza/queer

ÁNGELA ARBOLEDA

Pido permiso para un breve ataque de esquizofrenia. Este texto quiere ser carta a autor, queja al editor, consulta al jurado, entrevista, ensayo y hasta mensaje de WhatsApp. Cree que así podrá dialogar con una obra que también busca ser de muchas maneras a la vez.

Pero como hay que respetar los lineamientos va este escrito en que abordaremos el libro *Nunca más Amarilis* (Quito, Libresa, 2018) de Marcelo Báez Meza (Guayaquil, 1969) como un juego sobre las estructuras tradicionales —es evidente que las hay si no, cómo referirlas y romperlas—, y una búsqueda de identidad como la que experimenta la propia protagonista. En este sentido leemos a este cuerpo de texto como un cuerpo mestizo y *queer*.

1 Gérard Genette, *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, (Madrid: Altea, Taurus, Alfaguara, 1989), 13.

2 Genette en *Palimpsestos...* amplía su concepto de transtextualidad que inicialmente explica como toda relación manifiesta o secreta de un texto con otros textos.

3 María Lugones, "Pureza, impureza y separación", *Feminismos Literarios*. (Madrid: Arco/Libros, 1999), 238. Para seguir la línea intertextual tomo un subtítulo del escrito citado de Lugones.

86

4 Para seguir la línea intertextual tomo un subtítulo del escrito citado de Lugones.

5 El académico Diego Falconí propone en varios de sus textos este juego de traducción para revisar las teorías queer desde una mirada andina, haciendo referencia al cuy alimento típico de nuestra serranía.

Desde los paratextos, como el subtítulo "Bioficción definitiva de Mágina Sáenz", el autor hace guiños e informa de los trans-terrenos que pisaremos. Aunque "el texto en sí mismo no está obligado a conocer, y mucho menos a declarar, su cualidad genérica."¹ Genette, con el concepto de transtextualidad,² explica un fenómeno inevitable en la literatura: la eterna citación, sea ésta literal o velada, y que en el caso de Báez es buscada y explotada hábilmente.

En *Nunca más Amarilis* un poema es el hipotexto del cual se tira del hilo para tejer la vida de quien lo escribió: Mágina Sáenz. Sólo que ella es un invento. Pero Báez insiste y, como buen biógrafo, investiga y se hace de una caja de piezas (hipertextos) que debe ensamblar. Para juntarlas y llenar los espacios e intersticios reinventa y recrea lo que pudo haber sido en Guayaquil una poeta incluida en una antología erótica limeña de 1972. La hace puta, amante, maestra, esposa, migrante, por tanto, mestiza: "El mestizaje desafía simultáneamente el control afirmando lo impuro, el estado múltiple cortado y (rechazando) la fragmentación en partes puras"³. La novela vive "Dentro del mundo de lo impuro"⁴. Es también mestiza.

El autor hace a Mágina narrarse en primera persona y criticar, implacable, el poema que le endilgan. Queer lo llama (¿ella o Báez?) en un bien pensado análisis. Si seguimos su misma lógica podemos afirmar que la novela también es queer-cuy(r).⁵

Y también policiaca: un informe del detective/autor con pistas y evidencias de haber encontrado a quien buscaba, más la confesión de los delinquentes. Pero aquí eso ya no nos cabe.

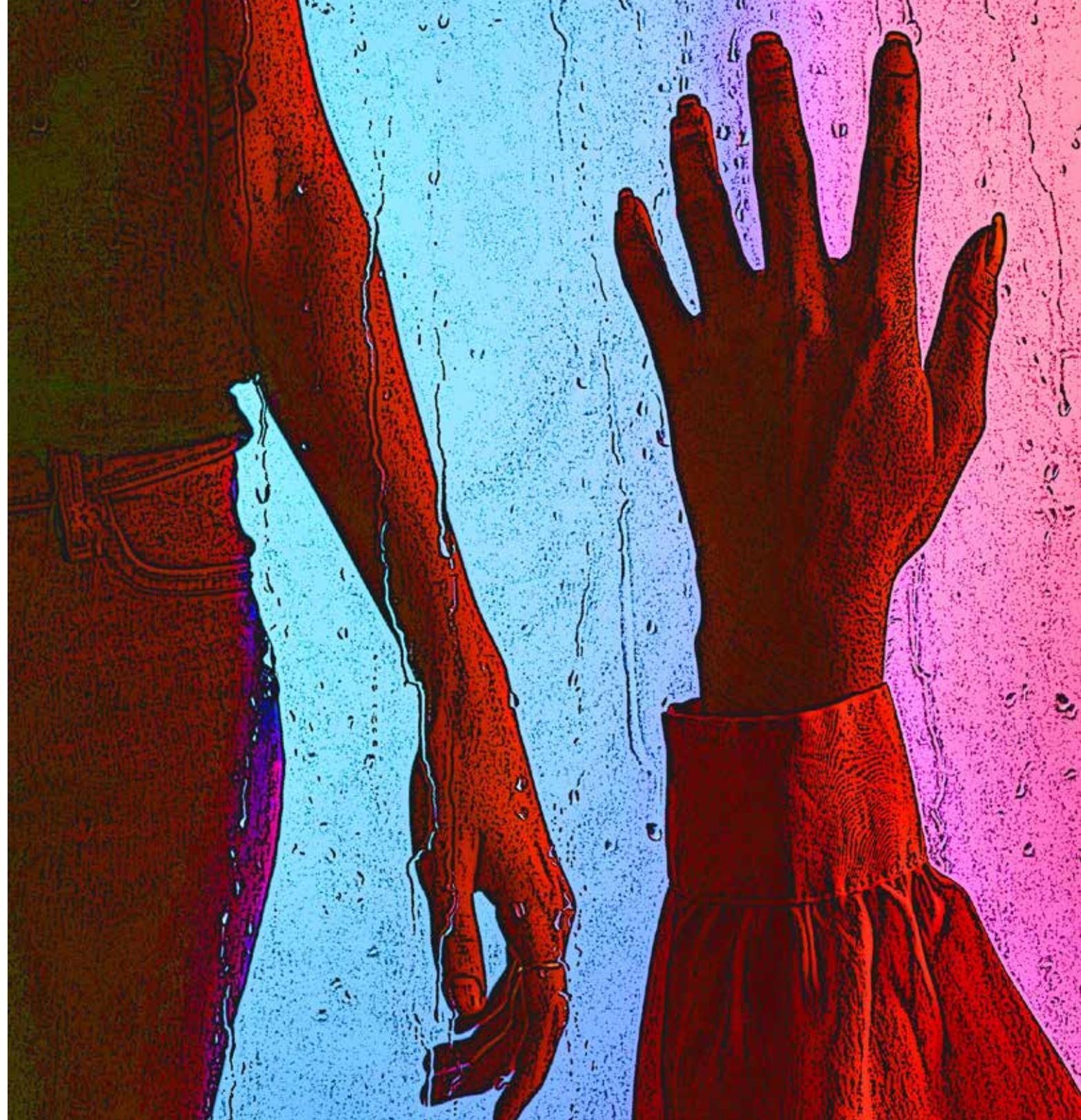
29 de noviembre de 2020

Bibliografía

Genette, Gérard. *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Madrid: Altea, Taurus, Alfaguara, 1989.

Lugones, María. "Pureza, impureza y separación", *Feminismos Literarios*. Madrid: Arco/Libros, 1999.

ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK





ROO
KIES



ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

CRUSTÁCEOS

ANA MARÍA CRESPO

Ya no es la isla la que se separa del continente, sino el hombre quien se encuentra separado del mundo al estar en la isla

G. Deleuze

Descifrarás todos los enigmas que deje el río al pasar

Virus

Hay que poder hacer algo con la tristeza. Trenzarse el cabello, salir a dar paseos esporádicos, comer cosas cítricas, escribir notas personales, pero nunca se debe de correr el riesgo de verse frente a un espejo. Si no se puede evitar, si esta regla se viola, es necesario abandonar la habitación, la casa, el barrio donde se aloja ese espejo familiar que ha grabado nuestro rostro descompuesto. Una expresión de desolación puede anidar en los espejos por meses, pero su efecto es menos pernicioso luego de

las setenta y dos horas. Si decides volver debes cubrirlo con una manta oscura y el lugar será habitable nuevamente. La gravedad depende de las características de la mirada, de si es húmeda y si está acompañada de ojeras profundas.

Luisa cumplía a cabalidad con el perfil, violó la regla que su madre le confió para sobreponerse de los momentos oscuros. Sentirse triste cada cierto tiempo era algo inevitable para ella dadas sus condiciones: había perdido el olfato en su adolescencia y desde que no podía percibir el perfume de las flores ni el aroma despedido por sus platillos favoritos, la vida se le había vuelto un tanto lejana. Extrañaba hasta los olores desagradables, la peste emanada por las alcantarillas y el vaho hediendo de los cuerpos de los animales muertos en los callejones. Ahora se arrepentía de no haberse embriagado con todos los olores que el mundo le podía ofrecer, había sido una mujer muy selectiva, de las que contenían la respiración cuando un aroma desagradable se le aproximaba, de las que se jactaban del tiempo que podían pasar sin respirar.

Viajar le funcionó a menudo para recomponer su ánimo. Tampoco podía quedarse en esa casa con el espejo infecto, tenía que salvarse de su propia mirada, irse fuera de la ciudad, a un lugar donde la tierra no fuera firme. Pensó en la isla, en cómo sería volver sin una nariz que le sirviera de guía. No podría sentir el agua salobre introduciéndole por las fosas nasales ni los olores herbales, tendría que aprender una nueva forma de recordar los lugares.

Tenía trece años, la edad de las mariposas en el estómago y la ausencia de miedo. Su familia todavía era funcional, al menos dentro de lo que las apariencias permitían. En ese último verano que estuvieron juntos, viajaron a la isla. Un espacio inexplorado siempre resultaba exuberante y más aún si en su interior, daba la impresión de estar suspendido en medio de las aguas. Su padre contrató un guía y la animó a caminar por horas entre la humedad del bosque seco. Había que tener cuidado de no descansar las manos sobre los troncos verdes y espinosos de los ceibos. El guía se detenía cada cierto tiempo para hablarles de las plantas que observaban en el camino. El Matapalo es una especie cuya semilla prospera en los nudos de otros árboles y crece hasta eliminar a su hospedador. Lo elimina estrangulándolo con sus raíces.

—Los bosques sienten, cuidan de los suyos —decía el guía, pero algunos de su especie vulneran este supuesto equilibrio.

Estaba maravillada ante este descubrimiento, el bosque albergaba árboles asesinos, pero a nadie más pareció importarle. Tampoco les importó cuando ella se escabulló una de esas tardes y se propuso nadar hasta la isla Gallo, un pequeño fragmento de tierra que está al este de isla. No tenía la resistencia para navegar con su cuerpo por el río y eso no la detuvo. A la media hora de haber empezado a nadar, naufragó enredada entre los lechuguines y fundas de plástico. Sus padres le dijeron que un pescador que acaba de lanzar su red, alcanzó a verla mientras se hundía, y la sostuvo antes de que la corriente la devorara. Cuando le preguntaron por qué se lanzó al río sin decirle a nadie, no supo qué responder.

Estaba anocheciendo cuando llegó al muelle. Enviaron a un encargado del hotel a recogerla. Tuvo que ser analizada y llenar un breve cuestionario donde expresaba sus motivaciones para visitar la isla. Reposo, apuntó en la casilla de otros motivos, luego de no sentirse identificada con las opciones disponibles. No había vehículos a motor dentro de Santay, así que le anticiparon que tendría dos maneras de hacer el camino isla adentro: caminar o andar en bicicleta. La bicicleta era buena opción si no quería ser devorada por los mosquitos que a esas horas salían a beber la sangre fresca de los turistas. Zigzagueó sobre el camino, el sonido de las llantas se acompasaba con el canto de una lagartija que fingía ser un animal de mayor tamaño. El recepcionista era un joven delgado de mirada lánguida quien se esforzaba por ser amable. ¿Querría programar un paseo en canoa entre los manglares? ¿Le gustaría conocer a los cocodrilos? ¿Cuántas noches permanecería en la isla? Le gustaría dormir bajo las aguas, pero claro, no podría decirle eso sin que la tachen de desequilibrada.

Antes de ingresar a la habitación se preocupó de que no tuviera espejos. Ya no le quedan fuerzas para huir otra vez. Al recepcionista le pareció un tanto excéntrica su solicitud, pero había tenido que atender todo tipo de pedidos inusuales, gente que pierde la memoria y no recuerda su nombre; hombres

que solicitan alfombras especiales para orar; chicas hermosas y desordenadas que no caben en sus vestidos de cóctel y necesitan ayuda extra. Lo del espejo podía resolverse sin inconvenientes.

Una semana le pareció un buen lapso para recuperar fuerzas, por supuesto no le interesaban las actividades al aire libre, al menos por ahora que se sentía devastada. ¿Por qué había venido a la isla? No podía hilar una respuesta sensata, en la isla estuvo cerca de la muerte y esa proximidad la hacía sentirse vital. Su tristeza tardaría un par de tardes en apaciguarse y podría volver a reír como si no fuese una mujer sin la capacidad de oler el mundo. A ratos parecía a punto de salvarse de su melancolía y se reía sola pensando que al menos podría seguir evadiendo el amor. Su incapacidad de percibir las fragancias de los cuerpos masculinos y femeninos la hacía inmune a los cócteles hormonales que desencadenan el terrible ardor por el contacto. Era como estar a salvo dentro de una burbuja, en cualquier momento se podía reventar porque como es usual, el amor siempre encuentra la forma de tomar rehenes.

Estar en la isla era una forma de escapar de todo lo que le recordaba su vida en la ciudad. Escapar, pero no con la suficiente fuerza, después de todo la isla estaba a veinte minutos cruzando el río. Un lecho de tres mil kilómetros cubierto de agua. El río no era inofensivo, su turbulenta corriente fluía violenta arrastrando todo a su paso. A ciertas horas era también un ser piadoso que acogía a los suicidas que se sumergían en sus aguas y a los enamorados que dejaban frascos llenos de promesas a la deriva.

Todo lo que es para siempre empieza con una caída, así lo habían entendido en la ciudad, por eso el salto mortal desde el puente de la Unidad Nacional era la forma favorita de los habitantes para aniquilarse. Esta noticia que leyó en un periódico local la disparó a enumerar otros usos para el verbo caer. Se dijo que amar es dejarse caer en lo desconocido, aun a riesgo de salir malherido. Dormir también podría pensarse como una forma de caer en la profundidad de la cama. Padecer, sobre todas las cosas, implica un movimiento vertical, un descenso precipitado.

Luisa no ignoraba la potencia de las aguas del río, aunque desconocía



que bajo la turbulencia vivían criaturas silenciosas y gregarias, encargadas de purgar la desolación.

Los lugares se contaminan con los padecimientos de quienes los habitan, en esta premisa se basaba la superstición de los espejos que tanto se esforzó su madre en inculcarle. Luisa trajo consigo la enfermedad de la tristeza a la isla y su sola presencia causaba efectos destructivos por los lugares donde se movía. El trayecto entre el muelle y el hotel cobró cientos de vidas de pequeños insectos que se encontraban murmurando entre los arbustos y los árboles de pequeño tamaño. Esa noche fue silenciosa y en la quietud la isla estuvo consciente de la amenaza.

Aura, la curandera vegetal, sintió la llegada de Luisa como una punzada en su pecho. Aura estaba conectada a cada una de las criaturas y hasta a los minerales, cada vida y cada muerte se traducían como una sensación sobre su carne. Los nacimientos de nuevos insectos eran ligeros cosquilleos que se deslizaban por sus pantorrillas hasta los dedos de sus pies. La muerte de un ofidio era como un golpe seco en su vientre. El vuelo de los pájaros se sentía como suaves caricias que descendían por su columna vertebral. La muerte de un niño le dejaba el cuerpo más ligero. Aura sabía lo que se avecinaba y no temía, la sabiduría de la isla sabría qué hacer con Luisa.

Las dos primeras noches fueron igual de monótonas que los días anteriores. Luisa permaneció encerrada en su cuarto de hotel y se mal nutrió solo con líquidos. La tercera noche se encontraba más calmada. Luisa descansaba con su cabeza hundida sobre la almohada. La luz plateada de la luna llena la bañaba por completo. Sus ojos cerrados imprimían un sentimiento de paz sobre su rostro, una fachada conveniente, pues todavía persistían sentimientos desoladores que se proyectaban desde su humanidad hacia la tierra. Los cientos de golpeteos sobre la madera no la despertaron. Uno a uno se fue introduciendo por la delgada línea entre la puerta y el suelo. Caminando en

zigzag, retrocediendo y avanzando, ocuparon de a poco todo el piso de la habitación hasta que no quedó un sitio sin su presencia. Desde el aire tendrían el aspecto de pequeñas rocas violáceas agolpadas. Sus tenazas asimétricas se sacudían haciendo vibrar el aire. La virtud de tener un sueño a prueba de cataclismos mundiales hizo que su respiración rítmica no sufriera alteraciones. Los pequeños cangrejos empezaron a subir por las patas de la cama, se agarraron del cobertor de algodón, escalaron la mesita de noche y las cortinas para asegurarse un lugar sobre las sábanas alrededor de su cuerpo. Se posaron sobre cada centímetro de piel que estuvo disponible y cuando hubieron poblado toda la superficie de lo que era Luisa, trabajaron sin descanso hasta lograr la duplicación. La primera incisión la despertó de golpe, pero no pudo moverse, el peso de los cangrejos ejercía una especie de campo de fuerza que la mantenía atada a la cama. De haber podido olerlos, hubiese despertado a tiempo, los cangrejos arrastraban una fragancia marina, salada y húmeda, un olor a lodo putrefacto y azufrado.

Mientras los crustáceos trabajaban en la duplicación, Luisa soñó que estaba en la isla y que se adentraba por un sendero estrecho. Mientras caminaba como suele ocurrir en los sueños, a la expectativa de que algo emerja y la detenga, observó cientos de chivos reunidos mirándola. Los animales se dispersaron, así que continuó moviéndose. Mientras descendía por una especie de quebrada donde la tierra estaba cuarteada, un remolino de mariposas blancas revoloteaba a su alrededor. Al igual que los chivos, las mariposas no tardaron en alejarse. La última imagen que aleteaba en su memoria cuando abrió los ojos era la de un gran huevo en medio de un surco, daba la impresión de que alguien intentaba sembrarlo. Por las noches la cabeza solía llenarse de sueños inconexos que extraía y anotaba en su cuadernillo para luego diseccionar e interpretar. El día en que huyó de su casa para salvarse del espejo soñó con una habitación que se llenaba lentamente de agua hasta su colapso. Ella creyó interpretar que la habitación inundada habla de aflicciones y de alguien que la agobia. La tomó como un motivo más para irse. En cambio, sobre los animales, prefería dejar de lado la lectura clásica y hacer otro tipo de



ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

análisis: los animales que se presentan en grupos numerosos son asociados con plagas o catástrofes naturales.

La Luisa que nació producto del trabajo de los cangrejos salió de la habitación antes de que su original volviera en sí. La habitación olía como un pequeño infierno. La otra escapó apresurada ante la mirada curiosa del recepcionista que no esperaba que se despertase a las seis de la mañana. Por fuera era una réplica exacta de su original, excepto que su piel no tenía cicatriz alguna. Los dobles que los cangrejos produjeron los últimos años nunca más volvían luego de su incursión en el bosque. Solo mujeres en edad fértil eran seleccionadas para este propósito. Los dobles nunca debían establecer contacto con sus originales.

Cuando despertó, el reloj marcaba las diez de la mañana. Lo primero que vio fue el reflejo de su rostro o eso creyó distinguir al pie de la cama. Era ella, Luisa, que le devolvía una mirada neutra, no temía ni estaba excitada, solo estaba. Quiso gritar, pero ahogó su desesperación colocándose la mano sobre la boca, no su mano original, sino la mano de la otra que se aproximó rápidamente para contenerla.

—Tranquila —le susurró, no voy a hacer nada que tú no harías.

Luisa mordió la mano, su mano y por sus labios un hilo de sangre azul empezó a fluir. Se apartaron. Algunos flashbacks la asediaron, cientos de cangrejos cubriéndola por completo. La otra se puso el dedo sobre los labios para insistirle que guarde silencio, la sangre azul fluía desde su herida.

—Tampoco eres la verdadera —dijo, antes de que Luisa intentará escapar de la habitación. Las duplicaciones se han ido perfeccionando con los años y ahora podemos hacer copias funcionales que huelan y saboreen sin problema, esto les permite sobrevivir el viaje hacia el interior.

Luisa la escuchaba en silencio.

—Tú no tienes olfato porque fuiste duplicada a partir de un cuerpo inerte, volver a la vida tiene su costo, volver a la isla tiene su costo —sentenció la otra.

Las réplicas tenían la apariencia humana, pero algunas habían adquirido hábitos de los crustáceos y no todas lograban cumplir su cometido. Al me-

nos una docena de ellas se quedaron en los manglares donde cavaron agujeros en el lodo para sumergirse. En esas madrigueras aguardaban a que subiera la marea para salir a cazar. Lo curioso es la forma de desplazarse que habían adoptado, con las rodillas flexionadas y el movimiento constante de las extremidades superiores. Se habían despojado del habla, solo producían crujidos solitarios que al unísono engordaban un ruido que se percibía como un crack seco. Eran inofensivas para los animales de la isla. Estaban desnudas.

Aura, el oráculo, la curandera vegetal, Aura, la mujer más antigua que sana. Aura y la isla estaban conectadas como raíces que se asientan en la tierra y abrazan las partículas de arcilla. Su labor secreta en eterna comunión con las plantas, animales e insectos privilegiaba siempre la supervivencia de todo lo que no fuera humano. Aquella vez cuando los padres desesperados buscaban un milagro para salvar a Luisa que se había ahogado en las aguas del río, Aura les ofreció una posibilidad.

Para los extranjeros, Aura era capaz de concretar relaciones amorosas que parecían imposibles, curaba a los enfermos del mal de ojo, a los desahuciados por los doctores que no podían hallar la causa de sus padecimientos. La isla y Aura también podían permitirse ciertas licencias cuando la situación lo ameritaba. La duplicación de Luisa ocurrió en medio de los manglares, el cuerpo original fue consumido por los cangrejos luego de que terminaran su trabajo.

En los años que la separaron de la isla, Luisa había incubado en su interior una sustancia que ahora la isla necesitaba. La otra violó la primera y única regla que las de su especie tenían: no establecer contacto con su original, pero solo llevándola hacia el interior podría convencerla de que ella no era producto del desvarío de una mujer deprimida. Cuando vio la degradación y agonía que su tristeza y la de otros habitantes le provocaban a los insectos, aves y hierbas vulnerables, no opuso resistencia al pedido.

La operación se repetía cada noche y empezaba con la réplica recostada sobre el suelo. La lividez de su rostro se acentuaba con cada succión. Cientos de avispas, mariposas, abejas, cocodrilos, raíces pivotantes, pericos, culebras, arañas, esperaban pacientes su turno para extraer de su cuerpo la preciosa sustancia azul.

Por las noches, la calma en el cuarto de hotel de Luisa era poco a poco perturbada por el sonido que las patitas hacían al entrar en contacto con la madera. Cerraba los ojos y apretaba un poco el ceño cuando sentía a los primeros cangrejos moviéndose sobre su piel.



ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK



Limbo

VALENTINA SUÁREZ ÁLAVA

IMAGEN: DEATH TO STOCK

10:09 p.m. La lluvia no dejaba ver nada por la ventana, tan sólo puntos de iluminación sin enfoque. Era mejor así. No quería encender las luces de la sala. La luz de la televisión prendida era suficiente. También su sonido. Se mezclaba con el eco cantarino de las gotas cayendo en todo tipo de superficies. Eso también habría sido suficiente.

Las últimas noches habían sucedido igual. Era el ritual de mi nuevo credo: tengo que quedarme obligatoriamente en casa, tomar las pastillas a las 11.00 p.m. y luego irme a la cama. Por cierto, díganles que dejen de obligarme a comer. ¿Han leído de dónde viene la palabra 'pastilla'? Suficiente. Estoy cansada de dormir. ¿Quién fue el imbécil que dijo que la mejor medicina para el cuerpo y la mente es dormir? No, gracias. Yo paso. La mente humana es un cuarto muy pequeño y yo soy claustrofóbica. Todos, todos me repitieron hasta el cansancio que era peligroso volver a esa habitación, y que esto lo hacían por mi bien. ¿La primera parte? Completamente de acuerdo. No hacía falta tratar de convencerme de que esa era una zona de peligro, a la que no debía ni acercarme. Una orden de alejamiento tácita, como contrato verbal que no se valida en este mundo de ilegales fantasías. Me desespera que no entiendan que él me necesitaba.

Calma. En la televisión, los presentadores pedían calma. Desde este décimo piso, se escuchaba claramente la inacabable sinfonía de bocinas. Si

hubiese gritado, nadie me habría escuchado, ni siquiera los vecinos. Orden. Escuché que en el flash informativo pedían orden. Al parecer, las malas condiciones atmosféricas dominarían mis regiones de norte, centro y sur. Empecé a organizar sus pastillas, clasificándolas por día de la semana. Todo acorde al plan.

11.00 p.m. Cerré los ojos. Para conciliar el sueño es necesario visitar el salón de las reminiscencias. Llegué al ensueño, del significado real. Recordé que unos cuantos días atrás, cuando estas lluvias habían iniciado, él me decía que aquellos estruendos profetizaban la caída del cielo y el fin de todo lo que conocemos. Debo admitir que sus comentarios insensatos me hacían reír, aunque lo más probable es que se haya dado cuenta de que había sido condescendiente con él. A muchas cosas le decía que sí. A otras, le decía que no eran para tanto. Cómo han cambiado las cosas, ahora soy yo la que no lograr encontrar ni un poco de tranquilidad en mi propio diluvio sin arca de salvación. Era el fin de todo lo que conocía. La imagen del hombre con el que logré conquistar mis tormentas, seguirá retumbando en estas paredes.

12.00 p.m. Se me había pasado el tiempo. Estaba consciente de que este era el siguiente capítulo de mis sueños, como película con jump cuts mal hechos. ¿O es pesadilla? Aún es temprano como para emitir un juicio de semejante calibre. Me apresuré en traer un vaso de la cocina. Las goteras eran cada vez más grandes y las lluvias parecían alcanzar niveles antinaturales. Eso no lo habrían podido predecir los meteorólogos. Si tan sólo alguien me hubiera advertido de todo lo que iba a suceder, quizás no estaría pensando en cómo no ahogarme con la lluvia, a pesar de estar refugiada en lo que ya no es. Aproveché la oportunidad para recoger el agua que caía del techo. Nunca me creyeron cuando les dije que era agua bendita, nunca supieron cuánto pedí, pedí y pedí que el techado se abriera milagrosamente para recibir el líquido directamente del cielo. Él necesitaba el

agua y yo el contacto directo. Había hecho todo lo posible por cuidarlo, pero la solución verdadera era que regresara a casa. Debí especificar, porque mis plegarias fueron escuchadas, pero a este lugar jamás regresó. Ahora, la imagen del hombre con el que había caminado por la nave central de mi templo, seguirá siendo la seña de la vida eterna que no conocí.

1:17 a.m. Reaccioné. Tercera parte. Estaba en el mar, luchando contra la profundidad o contra la corriente. Con dificultad, alcanzaba la superficie, pero el agua que llenaba mi boca me sabía a la que había recogido con el vaso. Era por esa agua sagrada que podía continuar, me protegieron contra las aguas turbias. Pensé que en cualquier segundo divisaría la barca de Caronte, pero la salinidad es tan alta como para seguir ahuyentando a la muerte. Esto no viene gratuito. La ley máxima dicta prohibido flotar. No escuchaba absolutamente nada. Completo silencio. Marea alta. Condenada sea la luna y condenada sea la noche. Cuántas veces les dije que no podía, que no sabía nadar, que ya había contenido la respiración por mucho tiempo. Había naufragado en mi propia cabeza y desbordado de los límites de la represa que intenté construir. La imagen del hombre con el que había navegado los últimos siglos, seguirá buceando en el fondo de lo que aún no soy.

2:34 a.m. Estaba en el cuarto. Creo que pasaron un par de minutos. Me levanté, cerré las cortinas y la habitación quedó a oscuras. Prendí unas velas. Olía como a nuestra primera cita. Las pastillas, benditas pastillas, que me regalaron ese divino déjà vu. Lo esperé toda la noche, pero nunca llegó. La comida que era para dos, no fue para nadie. Les he pedido tantas veces que ya no cuenten conmigo en esa mesa. No había vuelto a tocar esas sillas sagradas desde ese día que rememoraré cada año. La imagen del hombre con el que ya no podré compartir más cenas, seguirá tocando la puerta de este apartamento vacío.

3:26 a.m. Ahí estaba, no me había ido. Sí me había ido. ¿Qué se hacía en estos casos? Ah, sí, respirar y contar. ¿Recuerdos o números? 1... Mis ojos, no sentía mis ojos. No importó. Él no los necesitó esos últimos días, porque yo fui sus ojos y se los llevó con él. 2... Traía el vestido y los tacones puestos aún. El cabello me olía a humo y terquedad. Las pastillas, las malditas pastillas. No me pregunten por su legitimidad o procedencia. 3... No sabía dónde las había dejado, probablemente las había regalado o dejado botadas. En ese lugar, había más de uno pintado en el mismo cuadro que a mí me pintaron. Aquel diagnóstico no era el mío y esta cruda no se cura en las mañanas por venir. 4... La imagen del hombre con el que había pasado las últimas noches, seguirá siendo la obra maestra de mi genialidad.

4:02 a.m. Limbo. Este no es un episodio, es la recapitulación de esta serie de bajo presupuesto: No me juzgaron. No pudieron. No lo permití. Ellos fueron los que me habían dejado sola. Ellos son los culpables, yo nada pedí. Simpatía, pena, compasión, lástima. Dijeron que entendían. Mentirosos. ¿Cómo se atrevieron a hacerme creer que todo estaría bien? La crueldad también puede ser suave y gentil. Sentí el tiempo pasar en cámara lenta, lentísima. Necesitaba abandonar esa sala de proyección macabra. Oscuro, todo oscuro. Sepan que no es correcto narrar todo lo que sucedió en dimensiones de tiempo y espacio, tampoco en medida de movimientos oculares por minuto. Me pidieron que intente expresar lo que siento. ¿Cómo? La coherencia me dio la espalda y yo a ella. Entonces, recordé aquel sonido eternizado del multiparamétrico. Hubiera preferido volver a escuchar el concierto desafinado de bocinas. Así llegué a la cumbre de la montaña rusa de recuerdos en la máxima expresión de esta abreacción.

5:27 a.m. Ese fue el momento en el que desperté por última vez. Ya veía venir la inevitable activación de la alarma. Me levanté mareada. Aquellas pastillas que había dejado en la mesa con impe-

cable orden, ahora estaban regadas como el agua de la lluvia que había entrado por los marcos de las ventanas. Era real. Nada era real. Creí que ya me había vuelto inmune a los efectos de las píldoras. El vaso se había roto tratando de contener el mar de lágrimas que había creado. Las velas se habían apagado, culpa de mi respirar forzado. La cera había cubierto los restos de mis anteriores realidades y eran estatuas de la resistencia de mi memoria. También habían desaparecido los aromas del pasado y la comida se había descompuesto. Me quedé viendo hacia el punto más indefinido de mi existencia. No me escucharon, pero debí insistir: La imagen del hombre con el que había compartido los últimos diez años de mi vida seguirá flotando en mi mente, hasta el día en que pueda drenar el pozo de la tristeza que se inauguró el día en que él partió.

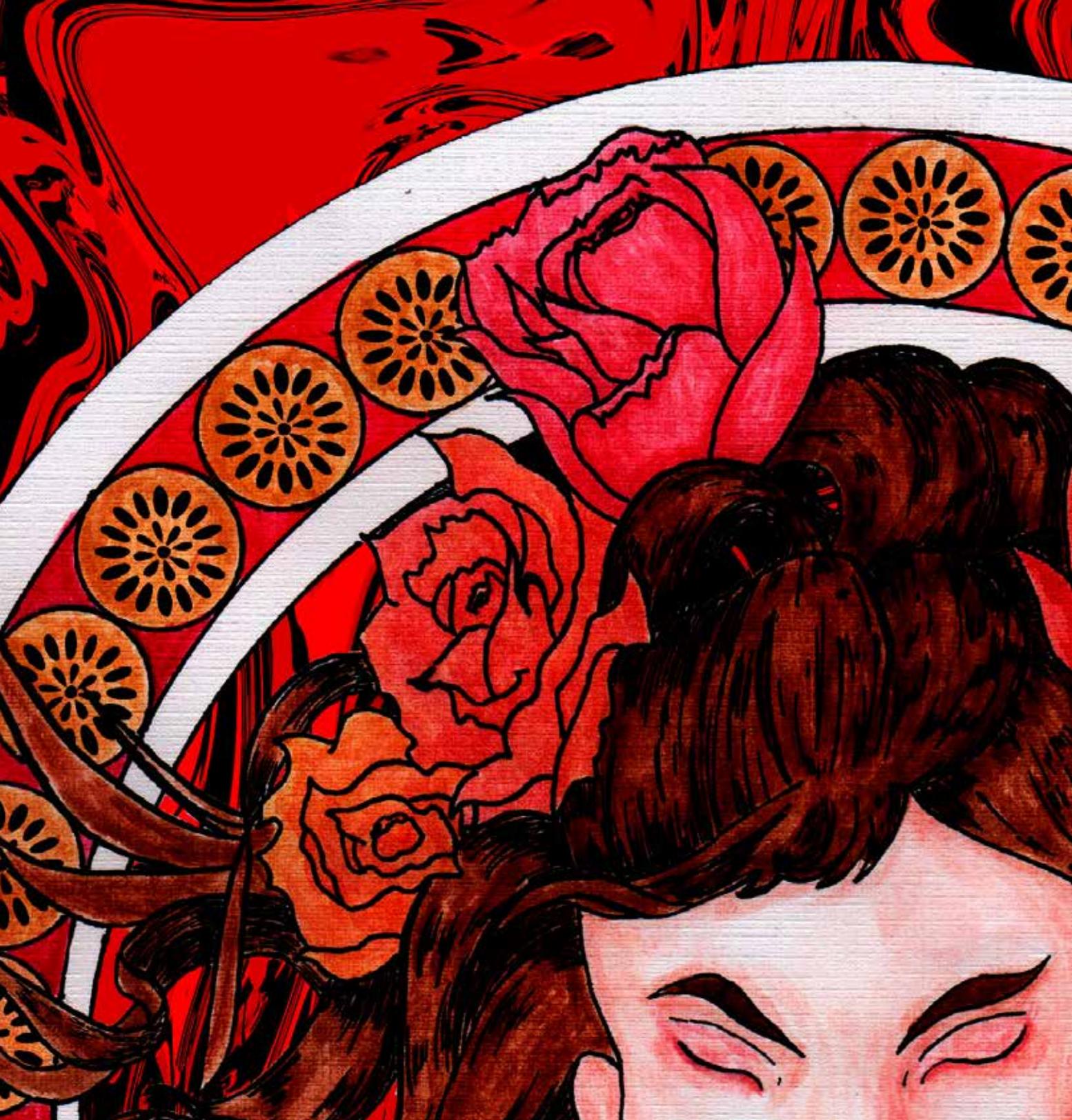


ILUSTRACIÓN: DIEGO RIERA

DESCENSU AVERNO

MARCEL MORILLO

En la biblioteca de mi tía Augusta encontré un libro cuyas páginas describían prácticas relacionadas con la nigromancia. Me mantuve escéptico al contenido de las primeras hojas, pero mi escepticismo duró poco. Me di cuenta de que aquel polvoriento libro contenía en su interior extraños secretos de magia negra que por momentos me impulsaban a detener mi lectura. Los textos escritos con tinta roja, acompañados de herméticos símbolos e ilustraciones macabras, me transmitían lúgubres pensamientos. El idioma en el que estaba escrito era el castellano, salvo algunos conjuros y rituales siniestros que mantenían su idioma original, una lengua antigua: el latín.

Se me hacía imposible relacionar la magia negra con alguien cercano a mí, pero debo confesar que ese descubrimiento aclaró varias dudas que tenía respecto a mi tía Augusta. Siempre creí que ella

era diferente, que tenía secretos, aunque ese tipo de secretos me parecieron un tanto extremos. Tía Augusta era una mujer callada, su rostro carecía de expresiones; jamás la vi reír o llorar, ni cuando murió el abuelo o cuando mi madre enfermó gravemente; no hubo ni una sola demostración de afecto. Mi madre tenía cincuenta años y mi tía Augusta cincuenta y dos, pero lucía dos veces más joven que su hermana. Sospeché entonces, que ese aspecto juvenil debía tener relación con aquel libro; y mis sospechas cesaron cuando mi tía entró a la biblioteca.

—¿Qué haces con mi libro? —preguntó, sin inmutarse en lo más mínimo.

Mi sorpresa fue innegable. No tuve tiempo de improvisar una excusa que me salvara de tener que explicarle como había entrado allí y por qué tenía su libro en mis manos.

—No respondas, ya es muy tarde. —dijo, acercándose a mí—. Me temo que ya has visto suficiente. Te guste o no, serás parte de mi secta. —Agarró mi mano izquierda mientras abría el libro y pronunciaba unas frases en aquella extraña lengua antigua. Noté cómo mis dedos, meñique y anular, ennegrecieron; y del libro vi salir una sombra que se esparcía lentamente por la habitación.

—*Nox atra cava circumvolat umbra. Mens agitat mole. Latet anguis in herba. Facilis descensu averno*¹—conjuró. La biblioteca desapareció de nuestra vista y un bosque oscuro cubierto de niebla tomó su lugar. Estábamos en la tierra de los muertos.

Aquel bosque transmitía un ambiente desagradable, era un lugar lleno de ánimas en pena que emitían quejidos de dolor seguidos de un silencio incómodo. Durante esos silencios, Tía Augusta dibujaba con una rama de roble varios símbolos en el suelo mientras pronunciaba *Facilis descensu averno* una y otra vez hasta que de aquellos símbolos salía fuego. *Al fuego las ánimas y a mis manos el fuego*. Sentí como mis palmas absorbían un dolor indescriptible y mis pensamientos poco a poco se transformaban en miseria y desesperación. Entraban macabros susurros en mi mente a la vez que un sudor frío rodeaba mi cuerpo. Permanecí inmóvil hasta que los conjuros de

1 En latín. De Virgilio:
La noche negra nos rodea con
su envolvente sombra. La mente
mueve materia. La serpiente se
oculta en la hierba. Fácil es la
bajada a los infiernos.

mi tía cesaron. Entonces las almas se separaron de mis manos y el fuego dejó de quemarme.

—Tu ritual está casi listo —mencionó mi tía, sosteniendo el libro abierto en sus manos—. Solo te hace falta un sacrificio para continuar tu camino como nigromante.

Aquellas palabras seguían siendo ajenas a mi conciencia, pero el ritual a medias del que había sido testigo no podía separarse de mi realidad. Escuché un cuervo entre los árboles; su graznido atrajo a otros cuervos y el sonido de estas negras aves se oyó por todo el bosque.

La otra mitad del ritual comenzó. Cinco ánimas, de las muchas que habían estado en el fuego, adoptaron formas humanas, crearon un pentagrama y empezaron a acercarse lentamente al centro donde nos encontrábamos mi tía y yo. Estaban desnudos y tenían el cuerpo de ancianos decrepitos, con costras en la piel y delgados cabellos blancos que apenas cubrían sus cabezas. Eran tres viejas con pechos colgantes, pocos dientes y largas uñas amarillas; y dos viejos ciegos, con las narices y los penes cercenados a la mitad. Los cinco rostros tenían macabras sonrisas que denotaban deseos oscuros hacia mí. Mis piernas estaban paralizadas; entonces, vi como mi tía sacaba un cuchillo del libro al tiempo que éste se elevaba encima de mi cabeza.

—*Puer habetis aeternam. Mortuus est anima tua*² —exclamó mi tía. El cuchillo cortó mis negros dedos. La sangre entró en el libro y el libro se cerró. Cuatro viejos se volvieron polvo y el quinto tocó mi pecho. El tormentoso graznido de los cuervos se convirtió en silencio. Todo a nuestros ojos desapareció. Por un momento sentí como el aire se volvió más denso y un olor a azufre perforó mi nariz hasta desmayarme.

Desperté en la biblioteca, a mi lado estaba aquel libro abierto y en una de sus páginas descubrí mi nombre escrito en sangre.

2. En latín: Posees la juventud
eterna.
Tu alma muerta está.



ILUSTRACIÓN: JUDITH BAQUERIZO

AS PH YX IA

RAYMOND
HOOPER

F ending off panic, I knelt with both knees in a pothole. Retrieving the rag I'd stuffed up the exhaust pipe of my father's truck was far more complicated than inserting it. Having realized that I was not capable of murder, I had to get it out.

The evening before, my father, barefoot, still in his sweaty undershirt, his pants paint and plaster spattered, sat in his La-Z Boy recliner. A cigarette dangled between his middle and index fingers as he raised a highball to his lips. My sister, my two brothers, and I sat on the floor. Our mom, also holding a highball, was stretched out on the couch she'd bought with S&H Green Stamps. We were watching television.

When our father was home, his general unpleasantness was sometimes a prelude to violence, especially if he'd drunk too much. He used a belt fashioned from a barbershop strop when it came to beating us. When it came to our

mom, he sometimes used his fists, but she too could fall victim to the belt. Once, when she was still the lead soprano for the New Jersey Choral Society, he beat her the night before a two-day engagement, voiding her participation. Possessing superior wit, our mom battled with razor-sharp turns of phrase.

At an early age, my sister Judy and I were sometimes charged with making these highballs, Old Grandad whiskey in a tumbler with ginger ale on the rocks. Naively, we once presumed we could water down their drinks. I don't remember how we happened on this; I guess we'd seen it done in some television drama. Lucky for us, mom and not our father let us know she was aware her drink had been watered down, bringing our scheme to an abrupt end.

Our middle brother, Osee Junior (pronounced O C.) was born with Cerebral Palsy. He wore specially made shoes with one sole thicker than the other and metal braces up to his calf for most of his adolescent years. Our father was cruel to the core and would sometimes use Junior's handicap to provoke our mother.

I was thirteen, and Junior was ten. I am the oldest of four. My sister is eleven months younger, and Wayne, the baby, was born five years after me. My parents were ill-equipped to raise children, especially one with special needs. They had married because mom was pregnant. Love had nothing to do with this union.

When our father wasn't home, the house enjoyed a completely different atmosphere; mom would often sing, recite poetry, or out of nowhere, quote passages from literature, sometimes appropriate to a given situation. For example, at the dining table, using a British accent, she would ask for the butter, saying,

"May I have a pat of butter for the royal slice of bread?"

She would say this dramatically, rolling the R in "royal." At an early age, mom had also taught me how to Lindy Hop. Once I grew older, my knowing how to "Lindy" made me very popular at weddings with the women of my mom's generation.

* * *

Our father's aura would hang in the air like body odor. Without apparent cause or reason, this would be another evening where a low-level tension permeated the living room. Cigarette ash flying, he gestures to Junior, sprawled awkwardly in his braces on the floor, saying,

"Look at him. He'll never be good for anything!"

Visibly holding back tears, Junior slowly picked himself up and, leaving the living room, climbed the stairs to his bedroom.

Guaranteed, had he started crying, our father would have removed his belt and, in his own words,

"Give him something to cry about."

We had repeatedly been told we shouldn't hate, but my anger toward my father had grown to an unbearable degree.

I was beside myself that night, lying in bed with my eyes wide open. Once I was sure everyone else had gone to sleep, I decided to kill him. Based on something I'd seen on television, I took an old rag and a black wire coat hanger; stealthily, I went down the back stairs, out the back door, and over to our dirt driveway. Shoving the rag deep into the exhaust pipe of his truck, I intended to kill him by asphyxia. Only thirteen years old, I didn't fully understand the dynamics of my plot, or as they say in the old movies, "I hadn't figured all the angles." Had I, I'd have reasoned why it would have fallen short of success.

I went back to bed.

Our street, Central Avenue (County Road 631), preceding the era and the use of asphalt, had been paved in neatly poured slabs of concrete.

These slabs were separated by inch-thick strips of tar-based dividers that ran perpendicular to the street. The front tires of passing automobiles, followed by the back tires rolling over these dividers, would create a double thumping sound.

There in the dark of my bedroom, I was reminded of Poe's "The Tell-Tale Heart." As each car passed, the thump-thump, thump-thump, thump-thump would be accompanied by automobile light beams, traveling ghost-like through the splits in my curtains and across the walls, contents, and contours of my room. With each passing car, the thump, thump, thump, thump, in combination with mounting guilt, haunted my night. Sleep was the domain of the innocent.

I hadn't considered how I would get away with this murder until after I had impulsively committed the rag to the exhaust pipe. Accompanied only by the thump-thump, thump-thump, thump-thump, and the beams of light moving eerily across my walls, the horror of what I was attempting loomed larger with each passing moment. My chest heaved heavier with each agonizing breath.

In that darkness just before dawn, with both knees in a pothole, I struggled frantically to fish out the ragged murder weapon. Shoving the rag in only took minutes now; trying to steal it back was taking an eternity. I was desperate. Finally, finally, I was able to hook the rag and slowly inch it out. Then, I tossed the twisted hanger and rag into the tall weeds that separated our property from nearby Maple Avenue.

I never told anyone. I had kept it a secret even from myself. I buried that night somewhere deep in my psyche, leaving it hidden until I was in my early thirties and had put myself in psychoanalysis for depression.

At an early age, as a mechanism for dealing with pain, physical or emotional, I would mentally project myself into some future time or place,

"Someday, I'll be old enough to move out of this house and start my life over.

Someday, I'll live miles away in New York, and this will only be a memory.

Someday, I'll..."

"Someday" had come, and I was in my early thirties. I had lived in my longed-for New York since I was eighteen, had gone to art school with no financial help from my father, and was well along in my career as a graphic designer, but I found I was suffering from a sporadic unexplainable depression. I had grown up, and in particularly tense situations, I'd found myself to have become passive-aggressive. I didn't understand why until the day came when I recovered the twisted coat hanger and rag and fished that night out of the ebony depths of my memory.

In a fit of anger, one might say, "I could kill him," or "I wish he were dead," but, no matter how feebly, at age thirteen, consumed with anger and animated by hate, I had taken steps toward murdering my father. All those years in-between, it was me who had been slowly suffocating, and now, having arrived at this revelation, I could breathe again. My long night surrendered to daylight, and in time my depression gave way.

Years after this revelation, I called my father and said I'd like to come and talk, "bury the hatchet," as the expression goes. When Wayne, the youngest, started college, mom moved out and, soon after, divorced our father. He had returned to Somerset, where he'd spent his youth, and several immediate family members and his boyhood friend still lived. We picked a Saturday. I rented a car and drove out.

Months earlier, I had appeared in Esquire magazine modeling a tuxedo. My father couldn't or wouldn't hear anything I had to say. All he wanted to do was drive me around with his copy of Esquire and show me off to his friends as if my achievements were the sum of his fatherly guidance and nurturing.

It wasn't too long before I'd had enough. I would not play the role of his trophy. I had him return me to my car, and I drove home to New York. When parting, we did not hug; we did not shake hands. The only time I can

remember his ever hugging me was at my high school graduation after I'd received several awards and scholarship money. His hug was not really for me. It was for his oldest sibling, my aunt Lillian, and anyone near enough he could consider to be his audience.

My son, Matthew, had only met his grandfather once. I would explain my reasons for this later when I felt him old enough to understand. With no memory of the encounter and in his blasé rebellious teens, he didn't care.

My last two visits with my father were to different Veteran's hospitals. On the first visit, I came alone. He had succumbed to dementia by this time. Our conversation was superficial and brief. Then, later, I would visit with my siblings when he was unconscious and near death in hospice care. His eyes closed, he made strange grunting noises. His arms and legs thrashed erratically. I imagined him to be wrestling with his demons.

He was, in essence, dying alone.

If there were any tears at the funeral Wayne had arranged, they were not from his four children. Neither were there tears from my half-brother nor my mom also in attendance. I did not stay for the post-funeral fried chicken, mash potatoes, and green bean dinner that often followed these end-of-life events, preferring instead to get in my rented car and drive home in silence, but first, I would chuckle as I left Somerset, recalling one of the comedian Jackie "Moms" Mabley's routines about her dead husband,

"Do you know the funeral home had the nerve to call and ask me if I wanted his ashes?"

I said, "Hell no, burn them too!"



Jorge Luis Borges

(1899-1986) Cuentista, ensayista, poeta y traductor argentino, así como una figura clave de la literatura en español e internacional. Sus libros más conocidos, *Ficciones* y *El Aleph*, publicados en la década de 1940, son recopilaciones de cuentos interconectados por temas comunes, como los sueños, los laberintos, los filósofos, las bibliotecas, los espejos, los escritores de ficción y la mitología.

Carlos Rojas González

(1941-2019) Semiólogo dedicado a las ficciones literarias. Al iniciar la última década del siglo XX conmocionó el ambiente cultural al editarse en la colección *Metáfora* de Editorial El Conejo, un poemario de ciento cincuenta páginas que marcó época. Fue de los primeros en publicar extensos ensayos, en revistas culturales, en las que explicaba con solvencia la diferencia entre semiótica y semiología.

Jorge Polo

(España, 1983) Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid. Docente e investigador en la Escuela Superior Politécnica del Litoral. Ha publicado libros en el ámbito del ensayo político y filosófico: *Románticos y racistas. Orígenes ideológicos de los etnonacionalismos españoles* (2021); *Anti-Nietzsche. La crueldad de lo político* (2020).

Umberto Eco

(1932-2016) Medievalista, filósofo, semiólogo, novelista, crítico cultural y comentarista político y social italiano. Es más conocido por su popular novela de 1980 *El nombre de la Rosa*, un misterio histórico que combina la semiótica en la ficción con el análisis bíblico, los estudios medievales y la teoría literaria, así como por *El péndulo de Foucault*, su novela de 1988 que toca temas similares.

Raúl Vallejo

(Manta, 1959). Ha sido galardonado con premios nacionales e internacionales, tales como el Premio Real Academia Española, Premio de Poesía José Lezama Lima, el Premio Nacional de Literatura Aurelio Espinosa Pólit y el Premio Joaquín Gallegos Lara.

Marcel Morillo Cox

(Salinas, 1998) Licenciado en Producción para Medios de Comunicación por Fadcom. Fue miembro activo del club de ilustración y guion, Tweening, desde 2017. Fundador del cine club Alucine.

Raymond Hooper

Director de Arte Asociado y diseñador principal de *Harry N. Abrams, Inc.* en Nueva York, por muchos años. Trabajó en el diseño de revistas de amplia reputación, como *Essence*, *Harper's Bazaar* y *Rolling Stone*. Profesor de *Design Concepts* en Parsons School of Design, por más de quince años. Recibió premios del *New York Art Directors Club*, *AIGA* y *The One Show*, entre muchos.

Aminta Buenaño

(Santa Lucía, 1958). Escritora, política y diplomática ecuatoriana. Fue embajadora en España y en Nicaragua, además de vicepresidenta de la Asamblea Nacional de Ecuador. Fue editorialista del diario *El Universo* de Guayaquil. Sus cuentos han sido publicados en varias revistas de su país y en el exterior.

Gabriela Ruiz

Escritora ecuatoriana (Quito, 1983). Además de docente, es investigadora en prensa, estudios migratorios y derechos humanos. Es licenciada en Comunicación por la Universidad Central del Ecuador (UCE), Administración Pública y magister en Políticas Públicas por la Universidad Autónoma de Baja California (UABC), de México.

Valentina Suárez

(Guayaquil, 1998). Licenciada en producción para medios de comunicación por la Escuela Superior Politécnica del Litoral. Se ha desempeñado como asistente de investigación en ESPOL, en las áreas de Cultura visual, comunicación y decolonialidad, y Estética, política y cultura.

Ana María Crespo

(Guayaquil, 1990). Nadar, leer y hacer listas son tres acciones que la definen. También podría decirse que es una mezcla de gasolina, helado de chocolate y las cosas que se rompen en la casa por azar. Actualmente, hace fanzines y escribe para *Cultura en Renglones* del Observatorio de la Universidad de las Artes.

Viviana Cordero

(Quito, 1964). Escritora, dramaturga y cineasta. Estudió Letras Modernas en La Sorbona de París. En 1990, junto con su hermano Juan Esteban, dirige la película *Sensaciones*. Entre sus obras literarias más importantes se encuentran *El paraíso de Ariana*, *El teatro de los monstruos*, *Una pobre tan, ¿Qué hace?*, *Mundos opuestos* y *Voces*.

Ángela Arboleda

(Guayaquil, 1969). Escritora. Docente. Narradora oral. Licenciada en Comunicación Social y en Publicidad y Mercadotecnia. Miembro del taller literario de Miguel Donoso Pareja con el que presentó en el 2008 su primer texto en solitario: *Nadie sabe qué hará mañana*. Desde hace más de 20 años, con sus espectáculos y cuentos recorre importantes festivales de Ecuador, Colombia, Venezuela, Perú, Portugal y Francia. Con un posgrado en Gestión Cultural obtenido en España, es la directora de Corporación Cultural Imaginario con la que organizó el Encuentro Internacional de Narradores Orales *Un Cerro de Cuentos* y el Encuentro Internacional de narradores orales infantiles *Un Cerrito de Cuentos*. Su primera novela es *Tuétano* (2021) que publicó con la editorial Doble Rostro.

Lola Márquez

(Guayaquil, 1962). Ejerce el periodismo cultural en su país desde hace veinte años, en los principales diarios y revistas. Por su actividad profesional, ha sido invitada a participar de giras culturales por Estados Unidos, Israel, Argentina, Colombia, Chile, Costa Rica, Cuba, Perú, Venezuela y República Dominicana. Integró el taller literario de Miguel Donoso Pareja, y cuentos suyos aparecen en un libro colectivo titulado *Mensaje en una botella*.

Luz Mary Giraldo

(Ibagué, Colombia, 1950). Poeta, ensayista, antóloga y docente. Ha publicado, entre otros, los poemarios *Caza de sombras* (2019), *De artes y oficios* (2015), *Llévame con un verso -Poemas del exilio-* (2011), *Postal de viaje* (2004). En conjunto con Martha Canfield, publicó: *Ojos de par en par. Antología de poetas hispánicas* (2021). Ha recibido, entre varias distinciones, el Gran Premio Internacional de Poesía (Rumania, 2013), el Premio Nacional de Poesía Casa Silva (2012), el Premio Internacional de Ensayo Pensamiento Latinoamericano Convenio Andrés Bello (2000). El XXVIII Festival Internacional de Poesía de Bogotá le tributó homenaje a su obra en 2020 y publicó *Alfabeto de otros días (antología poética)*.







espol

Escuela Superior
Politécnica del Litoral

www.revistas.espol.edu.ec/index.php/pixelettras